Compendio de la vida de San Alfonso María de Ligorio



Por **Francisco Navarro Villoslada**

INTRODUCCIÓN

La vida del glorioso Doctor de la iglesia San Alfonso María de Ligorio, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor, y Obispo de Santa Águeda de los Godos en el reino de Nápoles, ha sido primeramente escrita en italiano por el Padre Tannoya, compañero suyo por espacio de cuarenta años; luego en francés por el Cardenal Villecourt, y posteriormente en castellano por el Padre Victorio Loyódice, religioso de la misma Congregación. Las dos primeras obras son voluminosas, la última no lo es tanto; forma, sin embargo, un tomo en 4º de cerca de 700 páginas, y aunque interesante y amena ciertamente, no es de fácil manejo y adquisición para toda clase de personas.

De aquí resulta que la historia de un santo, cuya *Teología moral* anda en manos de todos los Sacerdotes, y en cuyos libros ascéticos se apacientan cotidianamente las almas devotas, sea menos conocida de lo que debiera, siendo así que los admirables hechos que forman su tejido interesan, conmueven y edifican.

A suplir esta falta, dentro de los límites de nuestra pequeñez, se endereza el presente opúsculo, breve resumen de la obra del P. Loyódice, que acaso por lo que de ella copia excite el apetito de verla íntegra. ¡Ojalá que así sea, porque cuanto más se conoce al

insigne fundador de la Congregación de Redentoristas, más se le quiere! Es un santo á quien principia uno por venerar de rodillas, para concluir arrojándose á sus brazos con filial ternura y abandono.

Tiene su vida ese encanto singular de la santidad, que fluye como el agua de la fuente, y se revela espontánea y amable como la inocencia en el rostro de un niño. Si fuesen investigables los altos juicios de Dios, diríamos que al siglo más perverso y presuntuoso de todos los siglos correspondía por contrapeso un Santo tan grande y sencillo, tan sabio y humilde como el Doctor de la Iglesia Alfonso María de Ligorio.

Floreció en una época de conspiración universal contra el catolicismo. Todo el mundo entraba en ella, y principalmente los que presumían de sabios y los que más alarde hacían de austera devoción. Conspiraban los filósofos y los sectarios, los reyes y sus ministros: Federico II en Prusia, José II en Austria, Catalina en el imperio moscovita, Pombal en Lisboa, Tanucci en Nápoles, el Conde de Aranda y otros ministros de Carlos III en España, y conspiraban sobre todo en Francia reyes y príncipes, literatos y magnates, cortesanos, y más que nadie, cortesanas, en hediondo fermento de impiedad y corrupción, de jansenismo y libertinaje, de regalismo y de negación de toda autoridad. Conspiración vasta y multiforme, cesarista y demagógica á la vez, pero que tenía un mismo fin; la destrucción del reino de Jesucristo en las naciones y en las almas.

Pues bien: en esos tiempos de angustia para la Iglesia y de esperanzas para el infierno nace un hombre que se propone saber lo que Dios manda, practicar lo que Dios manda y enseñar lo que nos manda Dios. Ese hombre es santo y Doctor de la Iglesia. Santo cuando la santidad era puesta en caricatura por los jansenistas, o sacrílegamente profanada por aristocráticas saturnales, y maestro de la Verdad en pleno imperio de la mentira filosófica, parece haber venido al mundo para mantener la causa de Jesucristo, haciendo y enseñando lo que hacía y enseñaba nuestro divino modelo.

¿Y á qué medios apela tan insigne Doctor para difundir la luz evangélica en las tinieblas que van enseñoreándose del orbe? ¿Qué armas toma para la liza el nuevo campeón de la Iglesia?

San Alfonso no inventa nada, no hace nada que no hayan hecho los demás santos. Guarda los mandamientos, y aspirando á la perfección, renuncia todo lo que tiene: deja á su padre y a su madre, y sigue á Jesucristo. Ayuna, reza, se mortifica; busca la Cruz y se abraza con ella, y busca á los pecadores para llevarlos al pie de la Cruz.

No levanta con su voz toda la Europa para precipitarla sobre el Asia como Pedro el Ermitaño; no descubre nuevos mundos como Cristóbal Colón; no funda imperios para Cristo como Constantino ó Carlomango; fué un hombre que amaba a Dios por todas cuantas legiones de satanás le aborrecían, y un hombre, por consiguiente, en quien se complacían las miradas del Señor.

Aquel que sabe la doctrina de Jesucristo lo sabe todo; el que la practica todo lo resuelve: Cristo es la solución de todas las dificultades.

Cuando se ponían en tela de juicio las grandes cuestiones políticas, sociales y religiosas, San Alfonso enseñaba la moral que todas las pone en claro; cuando se agitaban contra Jesucristo los poderosos de la tierra, San Alfonso apelaba á Dios, contra el cual los poderosos del mundo, los mundos mismos, no son más que polvo que barre el huracán.

Y esto es lo que hay que hacer; esto lo que hay que ser; y siendo todos así, todas las cuestiones están resueltas, todas las dificultades desaparecen, lo mismo en el siglo XVIII que en el XIX.

Y esto se nos figura que principalmente enseña la vida de un Doctor de la Iglesia en medio de un siglo de perseguidores de la Iglesia. Que todo hombre, todo cristiano lleva en sí con la señal de la Cruz el remedio de todos los males del mundo.

En efecto: ¿queremos que el mundo se santifique? Pues principiemos por hacernos santos; el mundo podrá perecer si no nos sigue, pero de fijo nos salvamos nosotros.

¿Queremos ser santos de veras? Pues no descansemos hasta que lo sean nuestros hijos, si somos padres, nuestra esposa, nuestros hermanos, nuestros criados, nuestros amigos, nuestros prójimos. Cada uno de nosotros está llamado á ser un apóstol; el que no puede predicar con la palabra desde la cátedra del Espíritu Santo que predique con las obras, con el ejemplo, que predique sobre todo con la oración. Para convertir al mundo, convertirme yo, convertir á los míos; y desde el momento en que este apostolado de la palabra, de la pluma, de las obras, de la oración se extienda, la conversión está hecha. La verdad se propaga en progresión más que geométrica; la lleva la divina gracia infinitamente más rápida que la luz.

Para ser yo feliz, Cristo; para que lo sea mí familia Cristo; para mi pueblo, Cristo; para mi patria, Cristo. Cristo en todo y para todo. Y celo ardiente, pero completamente sometido á los directores de nuestras almas para que el Espíritu Santo preste su divina eficacia á las obras mismas emprendidas en nombre de Jesucristo.

Así lo hizo San Alfonso: la santidad que rebosaba de su corazón se derramó sobre sus padres, sobre sus hermanos; y viendo hermanos en Jesucristo en los pobres sumidos en la ignorancia y el pecado, los buscó para santificarlos, y buscó compañeros que le ayudaran en esta tarea apostólica. Todo era poco para su celo por la salvación de las almas, y aspiraba siempre á la perfección, y ni un momento estaba ocioso; oraba siempre y trabajaba sin cesar. Su vida fué larga, pero cada hora, cada minuto, fué un acto de heroísmo, formando ese inmenso conjunto de virtudes heroicas una vida cristiana, santa, si bien en apariencia regular, ordinaria. ¡Oh santidad modesta, santidad oculta, por decirlo así, dentro del cumplimiento de los deberes que nos impone

nuestro estado! Por estas almas, que arden en amor divino como lámparas solitarias delante del Sagrario, parece que Dios mira todavía al mundo con ojos de piedad y misericordia; por estas virtudes ocultas que están murmurando preces ante el trono del Altísimo, parece que el Señor se hace el sordo al grito de los vicios que llenan de escándalo al universo.

Y he aquí explicado cómo la vida de San Alfonso, que enseña á los seglares, á los Sacerdotes, á los religiosos, á los Obispos, á los perseguidos y atribulados cómo han de cumplir con su deber, enseña también cómo han de salvarse los pueblos. Porque, así como las leyes físicas son las mismas para los innumerables mundos que pueblan el espacio, como para los innumerables átomos de que se compone el cuerpo más imperceptible, así la ley moral es una para las naciones y para los individuos: la ley de Cristo.

1.- NACIMIENTO Y JUVENTUD DE ALFONSO. RENUNCIA AL MUNDO Y TOMA EL HÁBITO ECLESIÁSTICO

Divinamente predestinado para modelo de jóvenes y caballeros cristianos, de sacerdotes seculares, de religiosos observantes y superiores de una Congregación, de Obispos y ancianos agobiados, no sólo bajo el peso de la edad y los achaques á ella consiguientes, sino de crueles enfermedades del cuerpo y tenaces tribulaciones de espíritu, nació San Alfonso María de Ligorio el día 27 de Septiembre de 1696, en una quinta de los alrededores de Nápoles, llamada Marianella, propia de sus nobilísimos padres D. José de Ligorio y Doña Ana Cavalieri.

Pertenecía entonces aquel reino, y siguió perteneciendo algunos años después, á la corona de España, y el padre de Alfonso, que se distinguía por sus cristianas y piadosas costumbres, servía al rey en la milicia, y era capitán de las galeras napolitanas. Su esposa, dama de elevada alcurnia, sobresalía por sus notables prendas y acendrada devoción.

Acababa esta señora de reponerse completamente de las molestias del parto, cuando la fué á ver el grande apóstol de Nápoles, San Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús. Presentóle la madre al recién nacido para que lo bendijera. Hízolo así, con toda caridad y efusión de espíritu, el padre Jesuíta, y la dijo: -«Este niño llegará a muy avanzada edad, pues no morirá antes de los noventa años; será Obispo, y hará grandes cosas en la Iglesia de Jesucristo.»

Podía haber añadido: -«Este niño será canonizado el mísmo día que yo» - si Dios también se lo hubiese revelado, y su humildad le hubiera consentido manifestarlo.

Humanamente hablando, no se comprende cómo, después de este suceso, los padres de Alfonso, que escuchaban con fervoroso recogimiento la profecía, que debieron de darle completo asenso, a

juzgar por el respeto y veneración que profesaban al santo Jesuíta, no dirigieron desde luego la educación de aquel niño hacia el estado eclesiástico a que el Señor lo llamaba, y mucho más cuando en ese estado había de brillar, según el vaticinio, por obras de gran resonancia en la religión católica, y por su categoría de Príncipe de la Iglesia.

Pero esta contradicción de miras y aun de carácter que, en el padre sobre todo, duró muchos años, sostenida con singular y desusado empeño, tiene una explicación: en traba en el orden de la Divina Providencia que el recién nacido brillase en diferentes estados como diamante de mil facetas, como espejo donde pudiesen contemplarse el estudiante y el Prelado, el caballero que ciñe espada y el misionero que enarbola el crucifijo, el abogado y el fundador de órdenes religiosas, el poeta y el maestro de moral, el músico y el escritor ascético. De todos debía de ser dechado San Alfonso, y para que así fuese, sus padres, secretamente movidos por Dios, tenían que llevar á su hijo por caminos en apariencia opuestos á su definitiva vocación.

Por otro aspecto, cautiva también nuestra meditación la historia de tan sublime varón apostólico. Está muy cerca de nosotros por el tiempo; -no conocemos otro más próximo que, después de elevado a los altares, haya sido revestido con el insigne título de Doctor de la Iglesia; - y si paramos mientes en su vida asombrosamente mortificada, en sus escritos doctrinales y prácticas de piedad, parécenos ver juntos en Alfonso un cristiano de los primitivos tiempos, un maestro de la Edad Media y un contemporáneo nuestro; de manera que en él se encuentran maravillosamente unidas tres edades del cristianismo: la edad de las grandes penitencias de la doctrina y de las grandes luchas con los Estados, para que campee como única verdadera grandeza la de la Iglesia, que en todos los siglos cuenta con la asistencia de Dios, y á quien nunca faltan ni los santos, ni los institutos, ni los hombres que necesita.

La madre de Alfonso no quiso encargará personas extrañas, como generalmente se acostumbra entre los nobles, la sagrada obligación de enseñará su hijo la doctrina cristiana, y la de habituarle á los ejércitos de piedad; ella le amamantó en la religión desde su propio regazo. El niño se empapaba en la devoción con verdadera delicia; rezaba el Santo Rosario con toda la familia; oraba solo también; y algo más tarde, dos veces por semana se purificaba con el sacramento de la penitencia. A los diez años recibió por vez primera la Santísima Eucaristía, bajo la dirección del P. Pagano, religioso de San Felipe de Neri. Asistía constantemente á los actos de la devota Congregación de jóvenes nobles, establecida en Nápoles, dando admirable ejemplo de piedad á todos, y principalmente á sus hermanos. Amaba el retiro, y con la mayor humildad obedecía á sus superiores.

Puede inferirse la inocencia en que el tierno adolescente vivía, por el siguiente suceso:

Acompañaba un día de recreación á los Padres Filipenses en la Quinta del Príncipe de la Riccia, donde fué invitado por sus condiscípulos á tomar parte en un juego, que nada tenía en sí de pecaminoso. Excusábase Alfonso por no conocer el juego; pero importunado por sus compañeros, que se lo explicaban, entró en la partida, y la ganó. Esto que vió uno de sus amigos, prorrumpió despechado en imprecaciones y palabras malsonantes. Corrigiólo Alfonso, y afligido al oirle, y al pensar que había sido causa, aunque involuntaria, de aquel pecado, retiróse al fondo de un bosquecillo del jardín en que estaban entreteniéndose, puso en un laurel la imagen de la Virgen Santísima, que siempre llevaba consigo, y postrado ante ella, se entregó a la oración, y quedó luego en éxtasis, hasta que á la noche sus compañeros, que por todas partes lo buscaban, lo sorprendieron en dulce arrobamiento.

Desde los primeros años adquirió la salvadora costumbre de estar ocupado siempre, y miró con horror la ociosidad, y como pecado el perder un solo momento; descansando del estudio en la oración, y del trabajo material con obras de misericordia. Convertida en hábito diligencia tan fecunda, sostenida y santificada por voto especial, puede decirse que imprimió carácter singularísimo á la vida del Santo; y ciñéndonos á la época de su juventud, debemos añadir que sólo su actividad y aplicación, juntas al peregrino ingenio de que Dios tan copiosamente le había dotado, explican los progresos que hizo en humanas letras, con asombro de sus maestros y gran satisfacción y esperanzas de sus buenos padres.

Sin salir apenas de su niñez, aprendió con suma facilidad, después de las primeras letras, las lenguas latina, griega, francesa y española, la música, el dibujo y aun la pintura, y luego la filosofía y las matemáticas. Y concluída esta enseñanza preparatoria, por orden de su padre, dedicóse al estudio de las leyes y cánones, llegando al extremo de que poco después de haber cumplido diez y seis años, es decir, cuando otros principian una carrera universitaria, pudo recibir la borla de Doctor en ambos derechos con dispensa de edad.

Un joven que tan alta meta alcanzaba, entrado apenas en la adolescencia, y que al propio tiempo componía en música, pintaba cuadros y hacía versos con aquella suavidad, dulzura é inspiración de que tenemos muestra en las canciones que forman parte de sus inmortales obras; un joven que conservaba como vestidura propia la virginal pureza, la gracia bautismal, sostenida por la más ardiente piedad bien puede ser escogido como dechado de estudiantes.

Dios lo guiaba: sus padres, que siempre debían estar recordando la profecía de San Francisco de Jerónimo, lo encaminaban por sendas, al parecer diversas de la carrera eclesiástica; pero así lo disponía el Señor, y quien lo puso por modelo de estudiantes en el siglo, no lo dió luego por espejo de abogados en el foro.

Diez y ocho años bien cumplidos tenía cuando apareció por vez primera en los tribunales de Nápoles, y aun no llegaba a los veinte,

cuando había adquirido numerosísima clientela. Así debía de ser por el orden regular de las cosas: tenía natural perspicacia, conocimiento de la legislación, elocuencia sencilla y arrebatadora y suma facilidad y paciencia para oír a sus consultantes. Todo esto en un caballero de gallarda presencia, de elevada posición social, de intachables costumbres y de prácticas religiosas, en las cuales se dejaba conducir por el P. Pagano, su director espiritual desde la infancia; todo esto, repetimos, atraía y edificaba. Alfonso, sin saberlo, comenzaba ya el oficio de predicador, en que había de resplandecer el resto de su vida; porque hasta de seglar y de abogado predicaba con el ejemplo. Y sólo su ejemplo bastó para convertir á un moro que su padre había traído en sus expediciones marítimas, y que destinó al servicio de su hijo. «La fe en que mi amo vive con tanta honestidad y devoción no puede ser falsa», dijo el mahometano, y pidió el bautismo.

Descollaban ya entre sus devociones la del Santísimo Sacramento y la de la Virgen, Madre de Dios, y conmovía dulcemente ver aquel simpático joven siempre recogido y enfervorizado delante del altar, cuando Su Divina Majestad estaba expuesto en alguna iglesia. En los Ejercicios espirituales que dirigió en el Colegio de la Compañía el P. Baglione, era propuesto á los demás jóvenes como ejemplar modelo.

Tan grande fué el crédito que adquirió en la sociedad más distinguida, y muy especialmente en el foro, por su talento y virtud, que se le encomendaban las causas más difíciles en la capital y en las provincias de aquel reino.

Varios príncipes, admirados de las hermosas prendas que adornaban al santo caballero, ambicionaban darle alguna de sus hijas por esposa; pero el padre de Alfonso tenía ya proyectado su matrimonio con la noble dama Doña Teresa de Ligorio, hija única del príncipe de Presiccio, su pariente. Alfonso no dio respuesta alguna á las indicaciones paternales, confiando la resolución al tiempo, al consejo de su director y á la oración.

Continuaba ejerciendo cada vez con más crédito su profesión de abogado: en los siete años que llevaba de bufete, ni un solo pleito había perdido; pero precisamente cuando sostenía uno muy importante contra el Gran Duque de Toscana, y esperaba ganarlo como todos, por haber echado en la defensa todo el peso de su elocuencia y sabiduría, el abogado de la parte contraria le advierte una equivocación en que involuntariamente había incurrido, y en la que fundaba precisamente toda su argumentación... «Tenéis razón, exclamó Alfonso con sinceridad, pero confundido: me he equivocado.»

Bajó humildemente la cabeza, y se retiró a su casa diciendo: «Quedad con Dios, tribunales.»

Y aun otro adiós debió dar también en el fondo de su corazón, porque añadió:

-«¡Oh mundo, mundo, ya te he conocido!»

Y ocultándose en su aposento, permaneció tres días encerrado, llorando delante de su Crucifijo, sin ver á nadie y sin tomar alimento alguno.

A esta larga turbación de ánimo sucedió una calma apacible. Resuelto á no presentarse ya en el foro, se despidió de su numerosa clientela y se apartó aun de sus más íntimos amigos. No hallaba consuelo sino en la iglesia, en el hospital de incurables y en su casa leyendo las vidas de los Santos y meditando libros espirituales; pero su mayor regalo era visitar á Jesús Sacramentado expuesto en las Cuarenta Horas, perseverando dos y tres horas arrodillado delante de su amado Señor.

Estando cierto día en su favorito hospital consolando á los enfermos, aliviándoles y sirviéndoles, de repente se ve rodeado de brillantísima luz, siente estremecerse violentamente la casa, y oye una voz que le dice: «Deja el mundo y entrégate del todo a mí.» Creyendo fuese una ilusión, siguió en su tarea hasta la hora de volver á su casa. Al bajar las escaleras siente de nuevo conmoverse el edificio, y la misma voz que le dice: «Deja el mundo y entrégate todo á mí.» Reconoció entonces el extraordinario favor del cielo, y deshecho en llanto exclama: «Dios mío, demasiado he resistido a vuestra gracia; aquí me tenéis; haced de mí lo que queráis.» Y en vez de regresar á su casa, dirigióse a la iglesia de la Redención de Cautivos, y allí, delante de Nuestra Señora de las Mercedes, desciñóse su espada de caballero, y la colgó en el altar por prenda de la completa renuncia que hacía del mundo. Poco después pasó a ver a Monseñor Cavalieri, su tío, al Padre Pagano, su director espiritual, y á otro respetable sacerdote, para manifestarles su firmísisma resolución.

Quedábale la grande, la terrible dificultad de vencer la oposición de su padre y las lágrimas de su querida madre; pero acudiendo al cielo, redoblando sus obras de piedad, las visitas á los hospitales, al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, y sus ejercicios de mortificación, consiguió, por fin, el consentimiento por que tanto anhelaba, y renunciando todos sus derechos de primogenitura y la mano de la joven y bella Princesa que le estaba destinada, abandonó el mundo, sus dignidades, grandezas y placeres el día 27 de Octubre de 1723, cuando contaba veintiséis años, y vistió el traje eclesiástico.

2.- TRABAJOS APOSTÓLICOS DE ALFONSO EN EL ESTADO ECLESIÁSTICO. DIOS LE ELIGE PARA FUNDAR UN NUEVO INSTITUTO

Al responder á su vocación por el estado eclesiástico, resolvió también Alfonso retirarse completamente del mundo, entrando en la Congregación de San Felipe de Neri, para lo cual tenía ya hechas sus diligencias, con la seguridad de ser admitido en ella.

No pudo, sin embargo, conseguirlo, porque su padre se opuso obstinadamente á ello: se conformaba á duras penas con que vistiese el traje talar; pero de ningún modo quería verlo en una comunidad religiosa.

Admiremos aquí nuevamente las inexplicables contradicciones del corazón humano y los incomprensibles juicios de Dios: un hombre tan inflexible en negar el permiso á su hijo para dejar la casa paterna, estuvo un año entero sin querer verle ni hablarle, ni siquiera á las horas de comer. Al cabo de este tiempo, como le encontrara por casualidad con hábitos, aquel soldado y marino endurecido en los trabajos, se echó á llorar y se retiró á su cuarto como agobiado por una gran pesadumbre.

El Padre Pagano, y el venerable Obispo Cavalieri, tío carnal del Santo, aconsejaron á éste que desistiese del pensamiento de hacerse Filipense, contemporizando en cierto modo con su padre; y véase por qué medios disponía Dios las cosas para que Alfonso llegara diez años después, á fundar una nueva y esclarecida Congregación religiosa.

Pasando desde los triunfos y aplausos del foro, desde el prestigio y celebridad del bufete á los primeros oficios de un clérigo de menores, era nuestro Santo en aquellos primeros tiempos de su vocación eclesiástica, el escarnio y ludibrio de sus compañeros en la tribuna, y víctima también de los amigos de la casa, que creyendo lisonjeará su padre, murmuraban de las nuevas ocupaciones del hijo. Pero éste seguía impertérrito por la senda que se había trazado, ayudando como acólito á cuantas misas podía, llevando el incensario y los ciriales en la parroquia de S. Angelo-á-Segno á que el Arzobispo le había adscrito, buscando y llamando además alrededor de sí á cuantos niños podía atraer, para instruirlos y enseñarles la doctrina cristiana.

Fuera de estas ocupaciones, entregábase con ardor al estudio de la teología dogmática y moral, en la que había de brillar como universal lumbrera; siendo su maestro el famoso canónigo Torni, autor de varias obras muy estimadas y á quien el Santo cita con veneración en las suyas.

El P. Tannoya, su primer biógrafo, que le conoció y trató familiarmente por espacio de muchos años, nos describe en estos términos la vida que llevaba entonces el nuevo eclesiástico: estudio, oración y frecuente asistencia al templo; sobre todo, ponía empeño en mortificar su cuerpo, no sólo negándole todo alivio ó recreación, sino atormentándole con ayunos, cilicios y disciplinas cotidianas. Distinguíase más especialmente en el ayuno, haciéndolo á pan y agua todos los sábados en honor de la Santísima Virgen, y los demás días era tan parco en su comida, que parecía prodigio que pudiera sostenerse y darse al trabajo con tan grande anhelo. Por complacer á su padre admitió al principio los servicios de un lacayo; pero se desprendió de él, apenas pudo hacerlo sin faltar á la obediencia, y lo mismo del coche y de todo distintivo de nobleza, siguiendo la carrera eclesiástica con tanta sencillez y modestia,

como aplicación, aprovechamiento de espíritu y extraordinaria edificación de todo Nápoles.

Apenas recibió el diaconado, le autorizó el Cardenal Arzobispo para predicar, siendo su primer sermón en la iglesia parroquial de San Juan, con ocasión de celebrarse en ella las Cuarenta Horas. Aun se conserva memoria de aquella sublime plática. Siendo extraordinaria su devoción a Jesús Sacramentado y tan vivo su afán de ensalzarle públicamente, desatóse aquella lengua de serafín en dardos de fuego que traspasaban el corazón de los oyentes. Para comprender el efecto que la predicación produjo, baste decir que desde aquel momento, y á pesar de no haber recibido aún la orden sacerdotal, apenas se pasaba día en que no subiese al púlpito. Todo Nápoles quiso oirle. Y con ser tan vasto el campo espiritual de la ciudad, todavía la Congregación de las misiones apostólicas de clérigos seculares, á que Alfonso pertenecía, le destinó a las misiones de los pueblos inmediatos, donde se recogía á brazadas la mies de pecadores arrepentidos á la voz del nuevo apóstol.

Tanto trabajo, tanto celo por la gloria de Dios, arruinaron su salud, ya quebrantada por una vida de estudio, de trabajo y continua penitencia, y cayó enfermo de suma gravedad, hasta que, desahuciado por los médicos, se le administró el Viático.

Alfonso no desmayó, sin embargo: lleno de confianza en María Santísima, hizo que le llevaran la prodigiosa Virgen de las Mercedes, en cuyo altar había depuesto su espada de caballero, y desde el punto en que la veneranda imagen entró en su aposento, empezó á sentirse bien, en términos de que aquella misma noche, según declaró el médico, se hallaba fuera de peligro.

El 21 de Diciembre de 1726 fué ordenado Sacerdote y ¡cosa notable y que no dejó de asombrar a todos! aquel joven que acababa de ser elevado á la dignidad de presbítero, fue inmediatamente destinado por el Arzobispo para dar los santos ejercicios á todo el clero napolitano. Obedeció, siendo en el desempeño la admiración de la ciudad. Concurrían á oirle los hombres más eminentes: consumados teólogos, párrocos, canónigos y misioneros, y el mismo Cardenal Arzobispo, que se gozaba de su elección, en un principio censurada.

Prodigio de aquella fecunda actividad que hemos visto germinar en su alma desde los primeros años, y que de día en día se desplegaba al calor de la divina gracia, su vida sacerdotal era casi humanamente inexplicable: cualquiera diría que estaba siempre orando, predicando y confesando siempre, estudiando sin cesar, y sin separarse de los enfermos. Y en medio de tantas y tan varias ocupaciones, cada una de las cuales podía absorber la vida de un hombre, ya principiada á escribir esa multitud de obras inmortales que le han elevado á la suprema categoría de Doctor de la Iglesia. ¿Cómo hacía? ¿Cómo tenía tiempo y fuerzas corporales para todo? No lo sabemos.

Por lo incomprensible, parece este uno de los milagros más patentes y más estupendos, uno de los misterios sobrenaturales

que forman como el ambiente de su portentosa vida. No sólo tenía tiempo para todo, sino que todo lo hacía con la perfección posible en las obras humanas. La virtud y la ciencia del nuevo sacerdote arrastraban á las cercanas muchedumbres en torno del púlpito y del confesionario, y las atraían también hasta de lejos los ecos de su fama y el encanto de sus escritos.

Su padre que, siendo tan bueno y piadoso, se había opuesto a su vocación, ó por debilidad ó por figurársele que no era verdadera, fué un día á oirle predicar, y prorrumpió en copioso llanto, diciendo entre sollozos: *«Mi hijo me ha hecho conocer á Dios.»*

Sí; Dios había puesto el dedo en el corazón de D. José de Ligorio, porque Dios iba á hacer entrar á su hijo Alfonso por las puertas de su verdadera vocación de religioso observante, á que desde el momento de su retirada del mundo había querido consagrarse.

Veamos cómo sucedió este hecho, que es acaso el más notable en la vida del Santo.

Por efecto de sus tareas apostólicas en varias provincias del reino de Nápoles, su salud había vuelto á quebrantarse, y se le prescribió por algún tiempo la vida del campo. En una ermita cerca de la ciudad de Scala, halló un lugar retirado donde pudo consagrarse con algunos compañeros á la vida contemplativa.

Pero en los alrededores de esta ermita, llamada de Santa María de los Montes, había una multitud de pastores que vivían sin alimento alguno espiritual. Alfonso había conseguido permiso para tener en la capilla el Santísimo Sacramento, y en aquel horno de amor se abrasaba su alma, y al calor que despedía eran, como á dulce abrigo, atraídos los pobres campesinos, á quienes comenzó á hablar, a catequizar, y á preparar convenientemente para ser purificados en el tribunal de la Penitencia. Aquellos pastores llamaron á otros, y Santa María de los Montes se convirtió dentro de poco en centro de misión á donde acudían los aldeanos y campesinos de muchas leguas á la redonda. La temporada de recreo quedó convertida en una especie de agosto espiritual, de mucho trabajo, pero de copiosísimo fruto.

Aquel espectáculo hirió vivamente la imaginación del Santo, que inspirado por Dios, comprendió la necesidad de esparcir la palabra divina entre aquellas gentes abandonadas y pobres, predicándolas con sencillez acomodada á su inculta inteligencia, y sobre todo, con la unción de la caridad y la eficacia del buen ejemplo.

Al propio tiempo y en comprobación de que semejantes pensamientos eran de inspiración sobrenatural, una religiosa de extraordinaria virtud llamada Sor María Celeste, que vivía en el monasterio del Salvador en Scala, é ignoraba por completo los designios del Santo, le dijo un día: «Dios quiere que seáis el fundador de una Congregación de obreros evangélicos, para bien de los pobres que más lo necesitan.»

Estas palabras, juntas con el relato de las visiones y revelaciones que tuvo acerca de ello la venerable monja, impresionaron vivamente el ánimo de San Alfonso. Regresó á Nápoles y consultó el proyecto con su director espiritual el P. Pagano, con el célebre é ínclito P. Fiorilli, dominico, con los Obispos de Castellamare y de Scala. Todos le aseguraron que era obra de Dios, para realizar la cual encontraría persecuciones; pero que las superaría todas.

No le arredraban éstas, no las temió jamás, antes bien las creía indispensables en toda santa empresa, y aun signo característico de ellas. Mas cuando volvía los ojos hacia sí mismo reputándose flaco, miserable, desnudo de virtudes y talento, sentía la más penosa inquietud, y su voluntad quedaba suspensa entre el deseo de corresponder al llamamiento divino y el temor de acometer una obra temeraria y superior á sus fuerzas.

Pero los consejos, y en lo que cabe, el mandato de sus directores y de personas constituídas en alta dignidad, le animaron y sostuvieron contra tantas otras que ya le combatían á banderas desplegadas, y el Santo, venciendo los reparos de su humildad y el miedo de su siempre recelosa modestia, reunió algunos de los compañeros que le habían manifestado deseos de concurrir al nuevo Instituto, se dirigió con ellos á Scala, y con aprobación y aplausos del Diocesano, estableció en esta ciudad la primera fundación.

3.- ALFONSO FUNDA LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO REDENTOR

La fundación de una orden religiosa, como remedio de la necesidad social más hondamente sentida en cada época entra en las miras de la Providencia que inspira y escoge a los hombres para llevar á feliz remate la salvadora empresa. A fin de que en ella resplandezca y se manifieste más clara la intervención divina, ó faltan muchas veces los medios que humanamente hablando pueden conducir al buen éxito de la obra, ó se encuentran en tan enorme desproporción con la grandeza del intento, que éste, á los ojos de la razón, parece temerario y absurdo. El mundo suele calificarlo de locura, y lo es en cierto nobilísimo sentido: locura como la de la cruz en los primeros siglos del cristianismo: locura de fe, de confianza en la voluntad de Dios y negación de sí propio; locura semejante a la de querer renovar la faz de la tierra con la predicación de unos cuantos pescadores.

Fué nuestro Santo uno de esos hombres providenciales. Sintió en su corazón la necesidad de pasto espiritual en que se encontraban innumerables gentes desparramadas en chozas, aldeas y caseríos, en páramos y montes casi desiertos, sin poder apenas asistirá misa, ni oir la palabra divina, ni acercarse al tribunal

de la Penitencia, sumidas en el embrutecimiento de la ignorancia religiosa; y comprendiendo que para enseñarles lo más esencial del Catecismo no bastaban ni el celo mismo de los párrocos rurales, ni el incentivo de solemnes actos de piedad y el espléndido culto de las ciudades, Dios le inspiró el pensamiento de fundar un instituto especialmente dedicado á dar misiones, instrucción y ejercicios devotos á todas esas pobres almas encenagadas en la sordidez de una vida casi exclusivamente material.

La idea, sencilla y no de suma importancia al parecer, respondía, sin embargo, a la necesidad de acudir al remedio del ponzoñoso virus de rebeldía y desesperación que ya se notaba en las últimas capas de la sociedad civil, y que había de producir con el tiempo los profundos trastornos que hoy miramos espantados, y que aun parecen definitivos, sino precursores de otros más hondos y terribles para lo porvenir. Eran también á la sazón punto menos que irrealizables los generosos deseos del Santo.

En efecto, corrían ya malos vientos en aquellos días contra las congregaciones religiosas: los jansenistas más ó menos francos, preparando el campo á la revolución francesa, se habían desatado principalmente contra la Compañía de Jesús; y se miraba ya con prevención y hasta con despreciativa sonrisa por los mismos gobiernos católicos, todo lo que trascendiese á comunidades de observantes.

Personas que al parecer querían y estimaban á San Alfonso por su vida ejemplarísima, por la persuasiva de su palabra avasalladora, por su ciencia y extraordinario talento; desde el punto en que lo vieron empeñado en la creación de un nuevo instituto, comenzaron á juzgarle lastimosamente caído en debilidad y flaqueza, como un iluso que se dejaba engañar por las falsas revelaciones de una pobre monja visionaria.

Nada de esto le perturbó ni le infundió desconfianza. Blando, compasivo, deferente con el prójimo, era inflexible, imperturbable cuando conocía la voluntad de Dios. Y estaba seguro de conocerla en aquel trance, por haber hecho renuncia de la suya en manos de sus directores espirituales. Seguía ciegamente los preceptos, los deseos, las insinuaciones de su confesor el P. Pagano; pero como personas de autoridad y respeto le aconsejaran que tomase el parecer del célebre dominico P. Fiorilli, contestó: «Pediré la venia á mi director, y si él me lo manda, iré á ver á ese padre.» Debidamente autorizado, fué San Alfonso á los pies del venerable y docto hijo de Santo Domingo, y fué con abnegación perfecta, resuelto, no á cumplir lo que él creía voluntad de Dios, sino lo que el nuevo director le indicase como voluntad divina.

Ya hemos dicho antes que el padre Fiorilli le sostuvo con todas sus fuerzas.

Asegurado en el terreno firme de la obediencia, y fortalecido por sus inmediatos superiores, ya no vaciló; y como una saeta rompe el aire, así él se propuso romper cuantos muros se alzaron contra su propósito, importándole poco estar solo ó acompañado, antes bien,

siguiendo á San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, á quien había escogido por su especial abogada, tomaba los inconvenientes, dificultades y obstáculos de todo género por prenda singularísima de la protección del cielo.

Así llegó protegido por Monseñor Santoro, Obispo de la Scala, á fundar, como hemos dicho, la primera casa del Instituto el día 9 de Noviembre de 1732.

Era tan pequeña, que aparte de un devoto oratorio, sólo constaba de tres piezas y una sala de cortas dimensiones. Allí se cobijaron unos diez eclesiásticos, que siguieron á Alfonso, y dos abogados legos, uno de los cuales, joven de brillante posición, tuvo que aprender el oficio de cocinero para el servicio de la comunidad. El menaje se reducía á unos cuantos jergones y mantas, con pobre y tosco servicio de mesa y cocina. Pero todos los congregantes estaban inflamados en amor de Dios, y su delicia era pasar largo rato, noche y día, delante del Santísimo Sacramento. Su comida escasa y ordinaria se reducía á una sopa sazonada, por lo general con hierbas ó pócimas amargas, para hacerla menos grata al paladar. Comían unos de rodillas, otros postrados y otros con una gruesa piedra colgada al cuello. Todos los días tomaban una disciplina, y pasaban el tiempo en la oración, en la mortificación, en el púlpito y el confesionario. Establecieron al punto cuatro congregaciones, a saber: para nobles, para artesanos y jóvenes de uno y otro sexo, y comenzaron luego á difundir el evangelio por aldeas y cabañas, á instruir á los ignorantes campesinos y guiarlos por el camino de la salvación.

El fruto que de esta predicación conseguía el Santo era ya tan fecundo y sabroso, que los Obispos de las diócesis inmediatas le llamaban para dar misiones, y se palparon los beneficiosos resultados de la Congregación y la necesidad de extenderla por todas partes.

Dios, sin embargo, quiso probar al fundador con la más cruel amargura. Al poco tiempo de haber instituído la Congregación, se propuso, como era natural, darla algunas reglas por escrito, lo cual suscitó por la diversidad de pareceres no pocas dificultades. Algunos congregantes querían, entre otras cosas, establecer escuelas de niños; pero San Alfonso, iluminado por Dios y guiado por sus consejos, se opuso con razones que le dictaba la prudencia. Los compañeros le abandonaron entonces, y el Santo se quedó solo con tres, á saber: el P. Sarnelli, el P. César Sportelli y el hermano lego, el famoso abogado Vito Curcio.

No por eso se acobardó, seguro como estaba de la protección divina, la cual fué tan visible, que á los pocos días ingresaron en la Congregación muchos más de los que se habían ido.

Así empezó el Instituto y se difundieron sus obras, y fué aumentando rápidamente el número de sus casas religiosas.

Escribió la santa regla, reunió á sus compañeros, se la propuso, y después la envió al Sumo Pontífice Benedicto XIV, que la aprobó

en Breve Pontificio de 25 de Febrero de 1749. San Alfonso quiso entonces quedarse de simple religioso dentro del Instituto; pero en vano, y fué aclamado por todos sus compañeros, reunidos en Capítulo, Rector mayor, y Superior General de la Congregación, que tomó el nombre del *Santísimo Redentor*. Todos los asistentes hicieron su profesión, renovando los votos simples de pobreza, castidad y obediencia, con el voto y juramento de perseverancia hasta la muerte; de los cuales sólo podían ser dispensados por el Sumo Pontífice ó por el Rector mayor. El Santo pronunció además el voto de hacer siempre lo que creyera más perfecto y más agradable á Dios Nuestro Señor. Voto dificilísimo y que sin embargo observó puntualmente hasta la muerte.

Apenas fué aprobada la Regla para que rigiese en la Iglesia universal, vió San Alfonso proclamado en muchas partes su Instituto.

Además de los colegios existentes en el reino de Nápoles, se establecieron otros siete en los Estados Pontificios, y hasta en la misma Roma. En Sicilia se hicieron también fundaciones. Progresó tanto la Orden, que apenas muerto el Santo se fundaron tres colegios en Polonia, y el día de su canonización, acaecida 52 años después de su muerte, hubo Redentoristas en todos los países de Europa, y hasta en las lejanas regiones de la América.

Su objeto principal eran las misiones, y por eso mandó el Santo que sus hijos, después de algunos años de preparación, saliesen como misioneros á predicar la divina palabra, y estableció academias especiales en las que se instruían sólidamente en el santo ejercicio de la predicación. Conocía cuán necesaria es la administración del sacramento de la Penitencia, para la cual examinaba con rigor a los jóvenes misioneros sobre Teología moral. Tres son los libros que necesita todo misionero, decía: el Santo Crucifijo para el espíritu interior; la Sagrada Escritura explicada por los Santos Padres, para la predicación, y la Teología dogmático-moral para la administración de los Sacramentos.

Llevó a cabo con tanta perfección la obra de las misiones, que con razón le llamaban todos «el verdadero misionero de nuestra época.»

En memoria y como perpetuo aviso de los propósitos hechos durante la misión, solían dejarse cinco grandes cruces en las afueras del pueblo, y se exhortaba á los fieles a visitarlas á menudo para ganar las muchas indulgencias concedidas por este acto de piedad. Las casas de Redentoristas eran centros de conversión de pecadores: las cruces que los padres misioneros dejaban en cada misión venían á ser centros de perseverancia.

De esta suerte la obra del Instituto del Santísimo Redentor quedaba completa, según los deseos de su fundador San Alfonso.

4.- PERSECUCIONES QUE EXPERIMENTA EL NUEVO INSTITUTO FUNDADO POR ALFONSO

La Congregación aprobada por el Papa y rápidamente difundida en sus Estados, no cabía duda, era obra de Dios, y por lo mismo tenía que ser odiada y perseguida por el mundo.

Guerra implacable se le declaró desde el campo enemigo de toda institución católica, y guerra también por amigos del Santo que le suscitaron la más temible de las contradicciones; la oposición de los buenos.

Descuella entre las primeras persecuciones la del tristemente célebre marqués Tanucci, ministro y consejero aúlico de los reyes de Nápoles, alma de su gobierno por espacio de medio siglo. Poseído del mal espíritu de su tiempo, tan pronto parecía regalista exagerado, como jansenista, ó filósofo de la escuela enciclopédica. De todos modos, en pugna siempre con la Santa Sede, veía con malos ojos que la Congregación del Santísimo Redentor se propagase en aquel reino, se empeñaba en sostener que el Estado no debía proteger á ninguna nueva orden religiosa, sino extinguir poco á poco las antiguas.

Y lo singular es que un hombre como este, elevado á los más altos puestos desde el seno de una familia humilde y pobre, quizá más que por su talento, por la guerra que emprendió desde la cátedra de Pisa contra los derechos de la Iglesia, se hubiese apoderado del espíritu de Carlos III, que ciertamente no era un impío. Esta contradicción se explica, sin embargo: era el monarca hombre de buena intención, pero de cortos alcances; devoto, pero mal dirigido; aferrado á las que él creía opiniones suyas, pero en realidad dominado por las ajenas. Lo mismo mientras reinaba en las dos Sicilias, que cuando vino á España á suceder á su hermano Fernando VI, Tanucci disponía de la real mano, y la hacía firmar, aquí el decreto de expulsión de los Jesuítas, y allá tantos otros que lastimaron profundamente á la Sede Apostólica.

Fué uno de ellos la negativa del pase regio á la Bula de aprobación del Instituto fundado por San Alfonso, con lo cual faltó poco para que perdiese la Congregación aun aquella existencia precaria, y por decirlo así, de tolerancia, que hasta la sazón había tenido en Nápoles. Quedaron las cosas en el estado primitivo; pero con la diferencia de que el estado primitivo antes de la Bula, podía significar un estado de expectación y de vivísima esperanza, y ahora sólo indicaba un estado de pugna y amenaza.

Al calor de esta oposición, bullían en la corte calumnias y más calumnias contra la Congregación y contra el Santo Fundador, cuya honra despiadadamente rasgaban los impíos, sin respeto á su santidad que en todas partes se imponía.

Era la corte un hervidero de hablillas, de injurias y de injusticias que llegaron á desvanecer algún tiempo la dura cabeza del monarca, el cual, á pesar de la estimación que profesaba á San Alfonso, mandó abrir una información judicial sobre cada Colegio, y aun puede decirse, sobre cada individuo de la Congregación. Todos

y cada uno de ellos, sus papeles, sus actos y sus palabras, tuvieron que pasar por el tamiz de las autoridades, tanto administrativas como judiciales; pero de todo salió el Santo y salieron sus hijos limpios y puros, quedando el Rey poco antes de partirse para España, más convencido que nunca de la conveniencia de proteger á los Redentoristas; pero sin valor, cual de costumbre, para contrariar los planes de Tanucci.

Siguió éste en Nápoles á la cabeza del gobierno, como Presidente de la regencia; y libre de los escrúpulos de su augusto protector, con quien ya no tenía que andar en contemplaciones, arrojó la máscara, disminuyendo arbitrariamente el número de Obispados, suprimiendo en igual forma setenta y ocho conventos, atentando á los derechos de la Nunciatura; en suma, poniendo el reino al borde del cisma.

Contando con el apoyo, ó por lo menos, con la secreta complacencia de gobierno, personas poderosas y de valimiento, tornaron otra vez á sus diabólicas sugestiones para la destrucción del Instituto, sólo porque lastimaba de alguna manera sus intereses particulares: y tales fueron las armas que manejaban, que más de una vez se creyó verle postrado y vencido.

A todos estos ataques no oponía el Santo otra defensa que el cumplimiento de sus deberes como Superior de la Orden, la humildad y la oración acompañada de la penitencia. Jamás se torcía la regla ni arriba, ni abajo, por nada ni para nadie: el estudio era constante y sólido, con firmeza de doctrina en lo cierto, con amplia libertad en lo opinable: desde el noviciado á las rectorías, en todas partes reinaba un mismo espíritu dentro de la Congregación.

Cuanto más apurado estaba San Alfonso por sus perseguidores, más procuraba avalorar las oraciones con la mortificación. Hizo que se aplicaran sin cesar misas para impetrar la divina misericordia, que se rezase todos los días el salmo *Qui habitat*, y que se aumentaran los cilicios, ayunos y disciplinas.

No desdeñaba ciertamente los medios humanos de defensa, como Dios lo dispone; pero su principal recurso eran los medios espirituales. «El Señor quiere que vaya adelante la Congregación (decía alegre á los suyos), no con aplausos y protección de príncipes y monarcas, sino con desprecios, pobreza y contradicciones. San Ignacio de Loyola nunca se mostraba tan contento como cuando recibía noticias de persecuciones y trabajos.»

Pero no eran estos los mayores: los más duros procedían de la que hemos llamado oposición de los buenos; esto es, de la que hacen á una obra santa quizá los santos mismos, ó por lo menos, personas que obran con recta intención, que creen obra meritoria contrariar los planes y proyectos que en el fondo tienen por dignos de loa, accidentalmente consideran perniciosos.

Esta contradicción suele ser más eficaz que ninguna, y desde luego es la que más mortifica, la que más cuesta sufrir, la que

muchas veces hace desmayar, y quebranta las fuerzas de los varones más animosos.

Alfonso principió á sentir esta guerra casi desde los primeros momentos en que concibió la idea de su Instituto. Pertenecía el Santo, mientras fué sacerdote secular, al Colegio llamado de los Chinos, compuesto de jóvenes de aquella nación que se educaban para misioneros de sus compatriotas, bajo la dirección del célebre P. Ripa, dechado de varones apostólicos y sostén de la cristiandad en aquel vastísimo imperio: y aunque á este Colegio se había retirado Alfonso, no como congregante, sino como huésped, sentía tanto el director verle salir de la casa, que trabajó cuanto pudo para disuadirle de su propósito, y combatir la nueva fundación.

Los padres de la Congregación de las misiones apostólicas á que también perteneció como sacerdote secular, se pronunciaron al propio tiempo contra él, y hasta su maestro en teología dogmática y moral D. Julio Torni y un canónigo tío de Alfonso y rector del seminario, se le opusieron abiertamente.

Acusábanle de muy buena fe; pero con suma crudeza, de falta de seso, y aseguraban que el proyecto era obra de una mujercilla, y nada más. La oposición alcanzó á esta religiosa, á quien lograron expulsar de su convento, por más que Dios quiso distinguirla y favorecerla con señales evidentes de alto espíritu de piedad y discreción.

Dios estaba con el Santo. Su tío el canónigo Gizio, que era acaso el más tenaz y violento de sus opositores, le dijo un día creyendo con ello desbaratar su proyecto: -«¿Por qué no sigues mi consejo, Alfonso, y vas á consultar tu idea con el P. Fiorilli?» y ya sabemos el resultado: la Congregación no tuvo defensor más acérrimo, ni más constante que el célebre padre dominico.

De contradicciones de esta especie estuvo llena la vida de San Alfonso. Eran su ambiente; no le faltaron jamás, siendo maravilloso verle cruzar incólume por entre nubes de flechas y senderos de espinas. Pero llevaba por escudo la oración, la conformidad y la paciencia, y por guía la gloria de Dios y un deseo constante del bien espiritual y temporal del prójimo y muy especialmente el de sus más encarnizados contradictores.

Nadie como él alentaba á los pusilánimes y sostenía á los que flaqueaban. Él predijo que el instituto saldría de la persecución más glorioso que antes de padecerla, y que no llegaría á su apogeo hasta después de su muerte. Con tanto talento, con tanta moderación y prudencia, se defendió de los ataques que se le dirigían, que no escribió jamás una sola palabra contra sus adversarios, encargando á todos los congregantes que los favorecieran en vez de aborrecerlos. Habiéndose arruinado la familia del que más se había ensañado contra los Redentoristas, San Alfonso encargó al P. Tannoya que se consagrase á la educación y acomodo de los hijos de aquel enemigo suyo que acababa de fallecer en la miseria.

En medio de esta lucha, no descuidaba en lo más mínimo el adelantamiento de sus Misioneros. Él era el primero en observar la regla y los votos, y predicaba más con el ejemplo que con las palabras. A pesar de todas sus ocupaciones, jamás faltaba á ninguno de los actos de la comunidad: tres veces al día, media hora de meditación, un cuarto de hora de visita al Santísimo, media hora de preparación para celebrar la misa, otra media hora en acción de gracias, dos exámenes de conciencia diarios, tres horas de silencio, media hora de lectura espiritual, disciplina dos veces por semana, todos los lunes conferencia litúrgica ó ascética, todos los viernes academia dogmática ó moral, un día de retiro cada mes y diez días seguidos cada año.

Tal era el método de vida de San Alfonso en las comunidades donde se hallaba, y tal es aún el que observan los Padres que viven reunidos en los Colegios de la Congregación.

Siendo Superior, elegía siempre para sí la habitación más humilde y más incómoda. En Ciorani tenía por celda un miserable hueco debajo de la escalera; su traje era el desecho de los demás. Ayudaba á los legos en la limpieza de la casa y en las más humildes faenas; anualmente visitaba todos los Colegios de la Congregación. Amaba á sus subordinados con amor de padre, sin hacer alarde de su autoridad; consolaba á los afligidos con la mayor caridad y corregía con ruegos y lágrimas sus faltas. No quería que hubiese nunca ni tristes ni melancólicos en la casa: profesaba cariño especial á los enfermos, ofreciendo al Señor su vida por la salud de los que padecían, y recomendaba á los Rectores que antes que dejarles sin la debida asistencia vendiesen las alhajas de las Iglesias.

Este espíritu de caridad fué confirmado por un estupendo milagro. A una pobre, á quien había convertido, socorría el Santo mensualmente durante su permanencia en Nocera. El día fijado para recibir la pobre su limosna vino á buscarla al Colegio, y como le dijesen que el Santo se había marchado hacía ya días a Nápoles, la buena mujer se fué á la iglesia, y allí llorando amargamente, pedía á Dios que la socorriese, cuando vió de repente aparecer á San Alfonso que desde un confesonario la llamaba para entregarla la cantidad acostumbrada. La infeliz quedó sorprendida, y tanto ella como los individuos todos del Colegio bendecían á Dios, pues se hizo constar que aquel día y aquella misma hora se hallaba el Santo en la capital del reino.

Así dirigía Alfonso la Congregación cuyo superior gobierno Dios le había encomendado; así la iba sacando victoriosas de todo linaje de peligros, cuando quiso el Señor que cesara en la dirección del Instituto por un suceso inesperado que vamos á referir en el siguiente capítulo.

5.- ALFONSO ES ELEVADO Á LA DIGNIDAD EPISCOPAL

Dos años antes de negarse el gobierno de Nápoles á conceder el pase regio á la Bula Pontificia que tanto ensalzaba á la Congregación del Santísimo Redentor, Carlos III había querido dar una prueba insigne de estimación á San Alfonso, tratando de presentarle para el Arzobispado de Palermo. -«Si el Papa, decía el rey, hace buenas elecciones para los Obispados, yo, por mi parte, quiero hacer una que sea todavía mejor.»

Con esta idea que, como tantas otras del mismo príncipe, se compagina mal con su gobierno, dió algunos pasos para explorar la voluntad del interesado. Las personas comisionadas al efecto volvieron a palacio desconsoladas. «La resistencia del P. Ligorio es invencible, dijeron, porque ha hecho voto de no admitir ninguna dignidad eclesiástica.» -«No importa, contestó el monarca, cuya tenacidad en sus propósitos conocemos: el Papa puede dispensar ese voto.» Y luego añadió: -« Estos que rehusan los Obispados, suelen ser los mejores Obispos.»

Todo fué en vano: Carlos III se vió precisado á desistir de su determinación, disponiéndolo así la Divina Providencia, quizá porque el nuevo Instituto se hallaba todavía en su infancia y necesitaba los cuidados inmediatos y la solicitud paternal de su Fundador.

Algunos años más tarde, y después de los disgustos y trastornos ocasionados por la negativa del pase, tuvo también el rey otro empeño con San Alfonso, tal vez movido del buen deseo de darle público testimonio de su aprecio personal, en desagravio de la oposición que su gobierno hacía al Instituto.

Quería el monarca transformar éste en religión de votos solemnes, refundiéndolo en otra antigua orden que al parecer había decaído de su primitivo espíritu, encomendando al Santo la empresa y prometiéndole para ella toda su real protección, y alcanzar del Sumo Pontífice las licencias oportunas. Dióle Alfonso las gracias, haciéndole ver al propio tiempo, con el debido respeto, que era imposible la obra del modo que se deseaba.

Llegó por fin el año 1761 en que vacó la Sede episcopal de Santa Águeda de los Godos en el reino de Nápoles. Tanucci, que en tiempo de su regencia dió tanto que sentir á la Santa Sede, quería que fuese elegida determinada persona, muy de su agrado, y por lo tanto, muy sospechosa al Papa Clemente XIII. Temía éste, sin embargo, que oponiéndose abiertamente al gobierno napolitano, se empeorasen más y más las relaciones de aquel Estado con la Sede Apostólica, y después de encomendar á Dios la solución de tan arduo negocio, consultó varias veces á los Cardenales, y uno de ellos, el Emmo. Spinelli, le propuso la idea de elegir para Obispo persona ante cuyos méritos reales y notorios tuvieran que retirarse todas las pretensiones, de donde quiera que viniesen: y no limitándose á esta vaga indicación, el Cardenal declaró que esa persona no podía ser otra que Alfonso de Ligorio.

Recibió el Papa el consejo como inspiración celestial, y aceptándolo por completo, escribió al Nuncio en Nápoles

participándole el pensamiento, y al propio tiempo se lo comunicó á San Alfonso. Miraba éste con horror todo cuanto pudiese sacarle de su retiro, y celebraba como uno de los favores más singulares que debía á Dios el haberle salvado del peligro, como él decía, de ser Arzobispo; pero así que recibió el 9 de Marzo de 1762, hallándose en Pagani un correo que le traía la noticia oficial de que iba á ser nombrado Obispo de Santa Águeda, quedó aterrado. Súpose al momento la llegada del correo especial, y todos los congregantes acudieron á la celda del superior, donde lo hallaron sumido en lágrimas. Consoláronle algún tanto sus compañeros y amigos haciéndole ver que la decisión del Papa no sería irrevocable, y que tal vez sólo había querido darle con ella una prueba más de afecto que redundaba en bien de la Congregación.

Tranquilo con esta esperanza, hizo formal renuncia del cargo que se le confería, alegando insuficiencia, edad avanzada, continuos achaques, y el voto que tenía hecho de no admitir ninguna dignidad que le obligara á salir de la Congregación, a cuyas razones añadía la del escándalo y mal ejemplo que daría a sus misioneros admitiendo el obispado.

Sabiendo que el Cardenal Spinelli era quien se había acordado de él para la mitra, le escribió con la mayor humildad, y entre otras cosas le decía: «Si supiese que uno de mis misioneros admitía el obispado, lo deploraría amargamente; y si yo fuese el primero en dar semejante ejemplo, ¿qué escándalo no produciría y qué perjuicio no causaría en su espíritu? Si Dios Nuestro Señor permitiese semejante cosa, lo tendría por verdadero castigo de mis pecados y de mi mucha soberbia.»

La tranquilidad que le daban estos pasos no era del todo infundada; porque el mismo Sumo Pontífice llegó á vacilar bajo el peso de tan poderosas razones, y ya en la noche del 14 de Marzo se mostró muy inclinado á elegir otra persona; pero con sorpresa de todos, á la mañana siguiente dió el Papa las órdenes para intimar al Santo que aceptara la mitra, bajo precepto de obediencia.

Recibió Alfonso el nuevo despacho de Roma, y los Padres Redentoristas que sabían ó presumían su contenido y estaban persuadidos del terrible efecto que había de producir en su Padre Fundador, abrieron el pliego, y después de encargar al Santo que rezase una *Ave María* á la Santísima Virgen, le presentaron el rescripto de Roma. El Santo levantó los ojos al cielo y en seguida bajando con humildad la cabeza, exclamó: «*Obmutui quoniam tu fecisti*.» -«Callé porque Tú lo has hecho.»

Y recogiéndose en su interior por breve rato, añadió: «Esta es la voluntad de Dios: el Señor por mis pecados me echa de la Congregación. Vosotros, hermanos míos, no os olvidéis de mí. Al cabo de treinta años de habernos amado tan fraternalmente, ahora nos tenemos que separar.» Y diciendo estas palabras quedó su voz ahogada entre sollozos.

Los esfuerzos que hizo para dominar su pena le produjeron un paroxismo que le tuvo sin habla más de cinco horas. Pero ni antes,

ni después del accidente, quiso admitir la esperanza que algunas almas compasivas trataban de infundirle, si nuevamente recurría á la Santa Sede. -«No, decía, no hay apelación: el Papa se ha declarado en términos de obediencia y es preciso obedecer.»

Y tomó la pluma para contestar al Nuncio y al Secretario de Su Santidad que admitía sin más réplica el gobierno de la iglesia de Santa Águeda, y se sometía ciegamente á la voluntad del Sumo Pontífice.

Dos días después cayó tan gravemente enfermo, que se temió por su vida. Creyendo próxima la hora de su muerte, el Papa le mandó su bendición apostólica, y añadió al darla: -«Si el Señor le vuelve la salud, quiero que venga á Roma para que aquí sea consagrado.»

Largo tiempo duró su enfermedad; pero desde que recibió la bendición del Sumo Pontífice, comenzó á sentir grande y casi prodigiosa mejoría, en términos de poder ponerse en camino un mes después, aunque no del todo restablecido. Al dejar la casa de Pagani, donde había padecido tanto, llevaba la esperanza, fundada acaso en alguna revelación, de volver algún día para morir dentro de las mismas paredes que ahora con tal pena abandonaba.

Es indecible la brillante acogida que tuvo en Roma. Cardenales y otros príncipes de la Iglesia, Generales de las órdenes, y entre ellos el de los Padres Jesuítas, seglares de la más alta categoría, fueron á ofrecerle sus servicios, y alguno también magnífico hospedaje; pero el Santo, agradeciendo su generosidad, sólo admitió del Príncipe de Piombino un coche que necesitaba por el mal estado de su salud.

Mas no eran estos los consuelos de que su alma endiosada había menester, y así que acabó de reponerse, como Clemente XIII se hallara ausente á la sazón y se ignorase cuándo iba á volver á Roma, se fué Alfonso á Loreto á derramar su espíritu en la Santa Casa de la Virgen Nuestra Señora, á la que profesaba devoción tan singular.

El viaje á Loreto fué una especie de peregrinación, pues en el camino celebraba misa, hacía todos sus ejercicios espirituales y sus acostumbradas visitas al Santísimo Sacramento y á la Virgen: su pobreza era tal, que nadie diría que aquel viajero era un Obispo electo y General de una orden. No se quitó la sotana y el balandrán de redentorista, ni tomaba alimento alguno hasta la noche, en que, sentándose á la mesa con los zagales, como el más miserable de los viajeros, comía poco y prefiriendo siempre lo más ordinario.

Llegó por fin á Loreto, y allí, allí fué donde la Santísima Virgen le consoló de todas las amarguras pasadas. Un día pidió á su compañero el P. Villani que lo dejara sólo, y se fué á ocultar en el precioso espacio que media entre el altar de la Santa Capilla y el fogoncito que se encuentra detrás.

No se sabe, no se sabrá probablemente nunca en esta vida lo que allí le pasó, lo que vió, lo que sintió allí: el Santo no habló jamás

una palabra de ello; pero algo podemos inferir por el fervor especialísimo que en aquellos días experimentó, por la ternura singular en que su espíritu se derretía al considerar los hechos verificados en la santa casa, ó contemplar cualquiera de los objetos que con ella tenían relación. En aquella aureola de divina gracia se vislumbraban los grandísimos favores que de Dios había recibido. Para él no había cuerpo ya, ni materia: el criado que le acompañaba atestigua que mientras estuvo en Loreto, ó pasaba las noches de rodillas, arrimado á la cama solamente, ó tendido sobre el desnudo suelo; que tomaba alimento una sola vez al día y en tan corta cantidad, que parecía imposible que pudiese permanecer en oración tantas horas seguidas sin caer desfallecido.

Volvió por fin á Roma el día mismo en que el Papa regresaba también al Vaticano, y el Santo apresuróse á pedirle una audiencia, que le fue inmediatamente concedida. Al verse á los pies del Vicario de Jesucristo, lo primero que hizo, después de habérselos besado, fué suplicarle que se dignase eximirle del cargo que le había impuesto. Conmovióse el Papa al oirle; pero firmemente persuadido de que Dios lo llamaba al episcopado para bien de la Iglesia, le dijo que no se desanimase, que de las piedras de la obediencia saca Dios los hijos de Abraham.

Desde entonces no volvió el Santo á poner en boca la renuncia, aunque le quedó en el fondo de su corazón la esperanza de conseguirla, cuando se hubieran terminado los servicios que con aquel sacrificio le exigía su Divina Majestad.

Largo rato estuvo después hablando Su Santidad con Alfonso acerca de los negocios eclesiásticos y de las doctrinas que entonces se debatían, y tenían tan divididos los ánimos.

A consecuencia de esta entrevista, decidióse el Santo á escribir una de sus más preciosas obritas sobre la frecuencia de los Sacramentos, y por fin, en 14 de Junio de 1762 fué consagrado Obispo.

El día mismo de la Consagración, hablando el Sumo Pontífice con algunos Cardenales, pronunció estas proféticas palabras: «A la muerte del Obispo Ligorio, tendremos otro Santo más en la Iglesia de Jesucristo.»

6.- CELO, PRUDENCIA, CARIDAD Y TRABAJOS DE ALFONSO EN EL GOBIERNO DE SU DIÓCESIS

Íbanse cumpliendo las profecías del santo jesuíta Francisco de Jerónimo: aquel niño á quien había bendecido en la cuna era ya Obispo, para ser modelo de Prelados, como lo había sido de estudiantes, de jurisconsultos, de sacerdotes seculares, y religiosos congregantes. Era Obispo el que parecía destinado por sus padres, como primogénito, para perpetuar el nombre de su ilustre familia, y darla nuevos timbres con los resplandores de las letras, las artes y las ciencias.

El día 11 de Julio de 1762 entró Alfonso en su diócesis, y en los confines de ella le esperaba inmensa muchedumbre de fieles, que al verle exclamaron: « ¡Ya viene el Santo, ya viene el Santo! «Como bajado del cielo le recibieron, y apenas cabía en sus entrañas el gozo de tener por Prelado *á un santo de carne y hueso*, como ellos decían. Le acompañaron a la Catedral, donde estaba expuesto el Santísimo, y descendiendo Alfonso del solio pontificio, les predicó, acabando de conmover y entusiasmar á los fieles con palabras tan dulces y penetrantes, cual nunca las habían oído.

Fué el sermón como el programa de la nueva empresa que Dios le había encomendado: y no se crea que se proponía el Santo practicar cosas nuevas, ni hacerlas de manera extraña y recóndita. La misión del Obispo es de por sí altísima y santa, es la continuación de la obra de los apóstoles. San Alfonso se propuso sencillamente cumplirla. «Deseo sobre todo el bien de mis ovejas y dar por ellas hasta mil vidas que tuviera, les dijo; vengo á procurar la salvación de todos y cada uno de mis diocesanos; vengo, no á mandar, sino á hacerme todo para todos, para que todos seáis de Jesucristo.»

Esto, como se ve, ni es nuevo, ni estaba expresado con selectas y retumbantes frases; pero hizo viva impresión en el ánimo de los oyentes.

Y es que las palabras, las obras, los escritos de San Alfonso, tenían el dón particular de conmover profundamente, por la secreta fuerza que la divina gracia les prestaba; porque todo lo suyo parecía impregnado en olor de santidad y derramaba la suavidad de los cielos y el fuego en que se templan los corazones enamorados del Corazón de Jesús.

Ya hemos visto á las muchedumbres como fuera de sí, por tener de Obispo a un santo en carne mortal, es decir, a un hombre á quien principiaban á venerar de cierto modo, en la persuasión de que algún día, ellos ó sus hijos, habían de venerarlo en los altares; pues bien, todo cuanto veían en el Prelado desde que tomó posesión de la mitra, todo les iba confirmando en esta idea.

La primera noche de su llegada á Santa Águeda se quedó sin cena. La que le tenían preparada se componía toda de espléndidos regalos que las familias y gentes principales le habían hecho: el Santo no quiso probar nada, y mandó que inmediatamente se devolviesen los manjares, declarando que jamás recibiría ningún regalo. Tampoco quiso admitir el suntuoso lecho que le habían aderezado; y como no se hallase á mano el jergón de paja de que solía servirse, antes que acostarse en los colchones de aquella cama, quiso dormir sobre el desnudo suelo.

Tal fué su entrada en el palacio episcopal, y por ella pudieron inferir sus familiares cuál sería en adelante la vida del nuevo Prelado.

Estableció un método conventual que no quebrantaba sino en caso de enfermedad, ó cuando las necesidades del prójimo lo exigían.

Todas las mañanas al levantarse tomaba una larga disciplina, después reunía á sus familiares y dedicaba con ellos media hora, por lo menos, á la meditación y oraciones, rezaba las horas canónicas, y se preparaba para celebrar el Santo Sacrificio. Oía luego otra misa en acción de gracias, y después de cumplidos sus deberes para con Dios, recibía en audiencia á cuantos querían hablarle tan pronto como lo solicitaban, si sus ocupaciones se lo permitían.

Los párrocos, confesores y vicarios foráneos no necesitaban dar aviso, ni anunciarse: eran siempre inmediatamente recibidos. Sólo las mujeres estaban excluídas; pero cuando tenía precisión de recibir alguna, jamás lo hacía sino en pieza determinada, abierta á todo el mundo, y acompañado siempre de alguno de sus familiares.

Su comida muy parca, se reducía al simple cocido; pero á los suyos no quería que les faltara ni principio, ni postre, aunque él no los probase jamás.

Después de la siesta tomaba una taza de café porque los médicos se la habían prescrito. Por la noche, los días de ayuno, que eran para él la mayor parte del año, su colación se reducía á un vaso de agua.

No tenía consigo más gente que el Vicario general, el Secretario, el P. Mayone, Redentorista, un hermano lego, también de la Congregación, y tres criados para todos, contando con el cocinero y el cochero, porque su salud no le permitía andar á pie.

A los ocho días de haber llegado á su diócesis comenzó una misión en la Catedral que produjo extraordinario efecto. Por razones de prudencia no quiso que los Padres de la Congregación fundada por él diesen misiones en su diócesis; pero buscó sacerdotes, ó regulares, ó seculares, que las llevasen por pueblos y campiñas sin cesar, dirigiéndolas el Prelado, según su método y con el espíritu a que estaba acostumbrado. Él, por su parte, de la Catedral pasó á otras iglesias de Santa Águeda, y de allí á las demás ciudades y aldeas. Y cuando todo lo hubo recorrido, volvió a empezar, pues como solía decir con la gracia que le caracterizaba: «en las tierras duras es menester cargar la mano de simiente, si se ha de recoger alguna miés.»

Ordenó después en toda su diócesis la predicación cuaresmal, procurando que no se hiciese por rutina y como por compromiso, sino conmoviendo, enseñando y preparando las almas para el cumplimiento del precepto pascual, como en unos ejercicios.

Agregábase á esto su incesante predicación particular. No necesitaba el Santo que lo llamaran: como él viese que á tal ó cual función religiosa concurría mucha gente, allá se presentaba de improviso, y se pasaba horas enteras predicando, si notaba que se le oía con gusto.

Renovado, por decirlo así, el espíritu de su diócesis, emprendió la visita pastoral para enderezar lo que estaba torcido, corregir abusos y remediar en lo posible toda clase de necesidades.

Uno de los institutos en cuya reforma desplegó más celo fué el Seminario Conciliar. En esta obra no perdió un momento, poniendo en ella mano desde el principio de su pontificado, y celebrando repetidas conferencias con los principales miembros del clero y de las comunidades religiosas. «Si los eclesiásticos, decía, no salen del Seminario siendo lo que deben ser, todos los demás cuidados y diligencias por el bien de las almas son inútiles.» Decretó un examen general de seminaristas, á que él asistió, donde fueron inexorablemente separados los que adolecían de falta de virtudes ó de estudios, y después de haber dotado las cátedras de excelentes maestros, no admitió ningún alumno que no fuese digno de serlo.

Fué severísimo en exigir la residencia á los párrocos, la enseñanza del catecismo para los niños, y á todos los clérigos el uso del traje que les correspondía.

Trató de reunir un Sínodo diocesano, y alcanzó de Su Santidad indulgencia plenaria para el día en que se inaugurara; pero consultado el caso con personas respetables, opinaron éstas que no convenía por lo crítico de las circunstancias, pues se temía que el Gobierno de Nápoles suscitase contra la reunión serias dificultades. Para suplir al Sínodo, dictó el Santo una serie de decretos que son vivo y perenne testimonio de su celo y pastoral vigilancia, del admirable dón de sabiduría con que le inspiraba el Espíritu Santo.

Estas disposiciones, modelo de prudencia y previsión, alcanzan á todo el clero, desde el cabildo catedral hasta los jóvenes que aspiran á las Sagradas órdenes.

En suma; si nada hizo el Santo que saliese de una manera extraordinaria de lo que está mandado, procuró cumplir en todo con su obligación; pero como la obligación es santa y la cumplió heroicamente con un celo que superaba todas las dificultades, con la maestría que en todas las cosas buenas le era habitual, con la más completa negación de sí mismo, resulta que en los trece años que duró su pontificado, se santificó más y más y convirtió la diócesis en un verjel de santidad.

Pero, ¡cuánto, cuánto tuvo que sufrir para lograrlo el pobre Obispo! Dios quiso probarlo de mil maneras, y todas las aceptó como de la mano de un padre misericordioso que en el castigo busca sólo el bien de sus hijos.

Al año de haber llegado á su diócesis, fué ésta, como todo el reino de Nápoles, afligida por el hambre. El Santo la había anunciado primero en la capital, antes de ser Obispo, y luego en su obispado, excitando a los fieles á la penitencia para aplacar la cólera divina; pero ¡cosa singular y que sólo la caridad explica! El Señor permitió que no se aprovechase de su propio vaticinio: el azote le cogió desprovisto de todo recurso, pues habían vendido la

mayor parte del trigo de los diezmos y rentas de la mitra, para satisfacer las necesidades ordinarias de los pobres. Y es que la caridad no le permitía cálculos ni reservas, ni dejar marchar á nadie sin socorro, mientras tuviese algo que dar. Vino la carestía, y el santo se quedó pronto sin nada. El hambre era espantosa: acudió el Obispo á su hermano Hércules, que vivía en Nápoles, y pudo conseguir de él gran cantidad de trigo: lo pagó á cinco duros la fanega, precio exorbitante sobre todo para aquella época; pero al punto llegó á valer el doble, y más. Apurados todos sus recursos, pidió el Prelado dinero á rédito, y vendió todas sus alhajas, deshaciendo hasta los pocos cubiertos de plata que había para los huéspedes, pues él sólo comía con un cubierto de latón.

En fin, no teniendo nada de que echar mano, un día quiso vender hasta el roquete; pero sus familiares no se lo consintieron, haciéndole notar el poco dinero que podría sacar de él.

Viendo que las gentes se retraían de darle prestado por las pocas garantías que ofrecía un Obispo tan viejo y achacoso, acudió al Sumo Pontífice pidiéndole permiso para hipotecar los bienes de la mitra; pero cuando llegó la autorización, la hizo innecesaria la abundante cosecha del año 1764. Entre tanto el buen Prelado no sosegaba buscando recursos: excitó á las comunidades religiosas á vivir con lo estrictamente necesario en beneficio de los menesterosos, estimuló á los particulares, y dando á todos ejemplo, vivía como por milagro, sustentándose con una sopa al día, pareciéndole que permitirse otro gasto era robárselo a los pobres.

Y no se demostraba en esto sólo su caridad, sino en la paciencia con que sufría los insultos de la plebe hambrienta y desenfrenada que le echaba en cara el haber vendido el trigo, aunque invirtió su importe en socorrer á los mismos que ahora contra él se enfurecían.

Grandes, terribles debieron ser los trabajos que padeció el Santo en aquella ocasión, porque no bien llegó la abundancia de 1764, cuando á consecuencia de ellos, el Señor se dignó visitarle con otra nueva enfermedad que le puso al borde del sepulcro. Era, sin duda, que no tenía naturaleza bastante fuerte para resistir las aflicciones de sus diocesanos.

Sin pérdida de tiempo le administraron los santos Sacramentos del Viático y la Extremaunción, tendido como estaba sobre un miserable jergón de paja con una manta raída y remendada. Agonizante ya, rogó al Deán de la Catedral que le dijese algo para ayudarle á bien morir, á lo que el digno eclesiástico le contestó: «Señor Obispo, la oración de San Martín es la que ha de repetir ahora. «Señor, si aún hago falta para vuestro pueblo, no rehuso el trabajo.» Y Alfonso, que apenas podía mover los labios, hizo un esfuerzo, y repitió balbuciente: «No rehuso el trabajo.»

Dios le oyó, y lo curó, y Dios ilustró aquel miserable lecho con milagros que el Santo procuraba ocultar, pero que trascendían en todas partes.

Retirado á su colegio de Pagani por prescripción del médico y mandato expreso de su director espiritual, allí también era como perseguido, si es lícito expresarse así, por celestiales favores, y se le vió con frecuencia arrebatado en éxtasis, sobre todo cuando fijaba sus ojos en la imagen de la Virgen.

Vuelto á su diócesis, volvió también cuatro años después á ser atacado por otra terrible enfermedad, que si no le quitó la vida le dejó casi baldado y desfigurado para siempre. Padecía atrozmente, y no pudiendo estar echado, ni permanecer en cama, hubo necesidad de sacarle de ella y colocarle en un sillón, donde recibió los últimos Sacramentos. Los dolores, que al principio estaban limitados á las piernas, se le subieron al cuello, haciéndole doblar la cabeza en términos de que, mirado el cuerpo por detrás, parecía decapitado. Es más; con la inclinación, el hueso de la barba se apoyaba tan fuertemente sobre el pecho, que le produjo una úlcera, de la que no dió cuenta á nadie, sufriéndola en silencio, con admirable paciencia, hasta que la descubrió el facultativo por la fetidez de la llaga. Era ya profunda y purulenta, y con dificultad se logró la curación.

La úlcera pudo al fin curarse; pero la torcedura del cuello y la inclinación de la cabeza, no; y con ellas quedó el Santo hasta la muerte.

7.- ALFONSO PUBLICA VARIAS OBRAS. RENUNCIA EL OBISPADO

En medio de los crueles padecimientos que muy de ligero acabamos de indicar, no profirió el Santo una palabra de queja, no exhaló un gemido; y con asombro de cuantas personas le rodeaban, nunca dejo de ocuparse en los negocios del Obispado. Hasta en lo más recio de su enfermedad, como se supo después por el Hermano que le asistía, practicaba sus ejercicios devotos. Todas las noches rezaba el Rosario con sus familiares, y no le habían de faltar ni el examen de conciencia ni la lectura espiritual, que frecuentemente le hacía en alta voz alguno de sus acompañantes.

De tal manera llegó á dominar sus quebrantos físicos, y los atroces dolores de la ciática y la artritis, que aun atormentado por ellos pudo perfeccionar y disponer para la imprenta aquel célebre libro suyo intitulado: *Práctica de amar* a *Jesucristo*, que deja sentir el dulcísimo fuego en que se consumía el corazón del Santo autor.

Habiéndose publicado por entonces cierto libro, que combatía, en varios puntos, la autoridad de la Iglesia, y más especialmente la inmunidad eclesiástica, Alfonso, casi agonizante, lo mandó traer, y sintiéndose con la cabeza despejada se puso á rebatirlo, tomando con ardor la defensa de la buena doctrina, y llegó á escribir una obra con este objeto. No la concluyó, sin embargo, por obedecer á su Director el P. Villani, que, consultando á cierta prudente circunspección, le hizo desistir del intento.

Sin salir de su enfermedad, dió también á luz un opúsculo acerca de las ceremonias de la Misa, y como llegase a sus manos, mientras se estaba imprimiendo, una ponzoñosa disertación sobre los honorarios por la celebración del Santo Sacrificio, se apresuró á dictar un apéndice muy erudito, en refutación de aquella doctrina.

Dios le había dotado de tanta facilidad para escribir como para predicar. Comenzó la predicación antes de ser Sacerdote, y publicó su primer libro destinado a sus penitentes, apenas se sentó en el confesionario. Su vocación al púlpito le condujo á fundar una Congregación de Misioneros apostólicos; sus inmortales escritos le han hecho merecedor del gloriosísimo título de Doctor de la Iglesia, mucho antes de haber transcurrido un siglo, desde su santa muerte.

Ya hemos visto que su talento lo abarcaba todo; idiomas, música, pintura, poesía, legislación, teología, filosofía: añádase á tan vasto ingenio una fisonomía dulce y simpática, una sonrisa llena de atractivo, que llamaba hacia sí á los más indiferentes; y póngase sobre todas estas prendas naturales la unción que el Espíritu divino prestaba a sus palabras, los rayos de la gracia que vibrando en amor celestial salían de sus labios, y se comprenderán los prodigios de su predicación, ante la cual se derretían las rocas endurecidas en el pecado, y caían derribadas las añosas encinas de la soberbia.

Eran los sermones del Santo diáfanos como el agua del manantial; espontáneos siempre y elocuentes, sin resabios de retórica ni de frases rebuscadas, como todo lo que sale de un corazón embriagado, según decía Santa Teresa, en el vino celestial.

Predicar para el Santo era pensar en alta voz, hacer sentir sintiendo, derramar su pecho todo lleno de amor de Dios, buscando a Dios en el amor del prójimo. Predicaba con sus virtudes, con su inmensa caridad, con sus acerbos dolores, con su maceración y penitencia: predicaba haciendo amable á todos la vida cristiana, guardando sólo para sí lo que á otros hubiera parecido demasiado severo. El que habitualmente comía, mezclando a sus alimentos acíbar y ajenjos, guardaba «la miel y la manteca» del *Cantar de los Cantares* para endulzar y suavizar las viandas de los demás.

Pues bien: así como su predicación, fueron sus escritos. Principió el Santo á escribir, desde que se dedicó al estado eclesiástico y no lo dejó hasta los últimos años de su vida. Escribió la mayor parte de sus libros, ya acabado por extraordinarios y heroicos trabajos en defensa de la Iglesia de Dios, y agobiado por continuas enfermedades.

Sus obras son por cierto innumerables si se tienen en cuanta las cartas que dirigió á diferentes personajes, llenas de erudición, de doctrina y de vigorosa argumentación, que pueden considerarse como otras tantas disertaciones.

Pueden dividirse en cuatro grupos: de Moral, ascéticas, históricas y dogmáticas.

Descuella entre las primeras su *Teología moral*, que le ha hecho celebérrimo en todo el orbe católico. Agitábase en aquellos

tiempos la insidiosa herejía jansenista, al combatir la cual, no pocos autores y moralistas se inclinaban quizás insensiblemente al error diametralmente opuesto. En aquel revuelto mar de opiniones más ó menos tocadas de herética ponzoña, en que los contendientes de uno y otro bando procuraban esquivar las censuras eclesiásticas, una obra como la de San Alfonso fué la tabla de salvación para las conciencias zozobrantes de muchos directores de almas. En ese libro supo el Santo evitar, con suma prudencia, los dos extremos de laxo *probabilismo* y de rígido *tutiorismo*, ambos igualmente funestos.

Apoyado en la doctrina de la Iglesia, aplicóla con tanto acierto y con firmeza tal, que dió la norma á los confesores y directores espirituales. Su libro es y será la base de cuantos se escriban sobre moral.

Cayó ciertamente como una bendición de Dios sobre los fieles. Dedicólo al Papa Benedicto XIV, el cual le contestó en un Breve que va al frente de la edición, diciendo que con sólo hojearlo había hallado el libro lleno de buenas doctrinas, y añadía que el autor podía estar seguro del agradecimiento universal y de la pública aceptación. Después que el Sumo Pontífice lo hubo leído despacio, interrogado acerca de determinados puntos de moral, dijo á un religioso de Nápoles: «Tenéis ahí a vuestro Ligorio, consultad el caso con él. «Sin contar las muchas ediciones que de esta obra se hicieron en aquella capital, sólo en Venecia se imprimió diez veces. Por Francia, España y Alemania se esparció con igual rapidez.

Para facilitar su adquisición, hizo el Santo un compendio en lengua vulgar, con el título de *Hombre apostólico*, que luego, á instancias de un editor, tuvo que escribir en latín para que se difundiese por toda la Iglesia.

Tanto este libro como otro que publicó sobre la *Maldición de los difuntos*, sufrieron fuertes impugnaciones, á las que contestó el Santo en escritos, modelo de polémicas religiosas.

También compuso la Historia de las Herejías y la admirable de las Victorias de los mártires, como un dique contra la impiedad reinante.

Entre sus libros ascéticos no puede menos de citarse el de *La Conformidad con la voluntad de Dios*, el muy precioso que se intitula: *Conducta admirable de la Divina Providencia en salvar al hombre por medio de Jesucristo*, y las *Reflexiones y afectos sobre la Pasión de Jesucristo*, traducido en España con el título de *Reloj de la Pasión*.

Apenas hay persona piadosa que no conozca y ame á nuestro Santo por sus *Visitas al Santísimo Sacramento y á María Santísima* y por las*Glorias de María*.

Cuentan los historiadores de su vida que una vez se le apareció la Virgen mostrándole su verdadero y divino rostro, al través de un cuadro: San Alfonso vió el semblante de María tal cual es, tal cual está junto al trono del Altísimo. Pues bien: en el libro del Santo parece que se vislumbra también á la Santísima Virgen, su alma

purísima y siempre inmaculada, su rostro celestial y gloriosísimo: algo de lo que San Alfonso vió nos ha dejado en las páginas de las *Glorias de María*.

Testimonio igualmente de un alma enamorada de Dios son sus poesías, ó cánticos devotos que se hicieron populares, y á muchos de los cuales puso el Santo mismo la música correspondiente.

Por último, no quiso despedirse de la vida mortal, sin trazar á los reyes los deberes que tienen para con sus súbditos, y á éstos sus obligaciones para con los reyes, en un libro que escribió en sus últimos años, como en previsión de las grandes tormentas políticas que amenazaban á toda la cristiandad.

Todas estas obras y otras muchísimas, que por falta de espacio no podemos siquiera mencionar, fueron escritas en medio de los trabajos de predicación, de confesonario y de fundaciones; en las tareas episcopales y de Rector mayor de la Congregación, con la poca salud que habitualmente tenía, y las gravísimas enfermedades que le ponían con frecuencia á las puertas de la muerte. Y es preciso tener presente que, muchas de estas obras requieren grandísima erudición y meditación profunda; que sobre algunos puntos de moral consultaba el autor á diferentes personas, y que para resolverá veces una cuestión, tardaba meses y meses, y leía y releía libros antiguos y modernos.

Tenía también, con gran frecuencia, turbaciones de espíritu que, á no sostenerle la Divina gracia, debían imposibilitarle para el trabajo; tentaciones fuertes, sequedades espantosas, persecuciones infernales de toda clase.

Una de sus mayores angustias provino del estado de la cristiandad, en tiempos de Clemente XIV, cuando este Pontífice se vió obligado á firmar el decreto de extinción de la Compañía de Jesús. El Santo estaba profundamente afligido por el triunfo que iban á alcanzar los enemigos de la Iglesia; pero cuando recibió el Breve de supresión publicado el 22 de junio de 1773, bajó la cabeza y exclamó: «Voluntad del Papa, voluntad de Dios»; y no volvió á decir una sola palabra. Mas ¡ay! cuál era la situación de su espíritu puede inferirse por el siguiente hecho milagroso, que consta auténticamente probado hasta la evidencia.

Después de haber celebrado Misa el día 21 de Septiembre de 1774, se quedó, contra su costumbre, echado en un sillón, abatido y taciturno. Así permaneció todo aquel día hasta el siguiente, sin que nadie se atreviese á despertarlo. Pero en la mañana del 22, en el momento mismo en que espiraba en Roma el Sumo Pontífice, llamó el Santo, tirando de la campanilla, y dijo á las muchas y «respetables personas que acudieron con la inquietud en que las tenía aquel estado del Obispo: « Encomendad á Dios el alma del Sumo Pontífice, «que acaba de espirar en este momento.»

Y ante el asombro, y quizás ante la incredulidad de los circunstantes, añadió: «He estado en Roma asistiendo á Clemente XIV: acaba de espirar.»

Pocos días después llegó el correo y trajo la fatal noticia, confirmando cuanto el Santo había dicho el 22. Este hecho lo consigna la historia diciendo, que el Papa en su enfermedad había perdido la razón; pero que la recobró momentos antes de morir, siendo medianero entre Dios y Clemente XIV el Obispo Alfonso de Ligorio, que se halló presente á su muerte, aunque á la sazón residía en Arienzo.

Tantos trabajos, tantas tribulaciones imposibilitaron al Santo para el desempeño de su cargo episcopal, y como solamente por obediencia á la Santa Sede la había aceptado, tuvo que renunciarlo, no por conveniencia propia, sino por bien de la misma Iglesia; y el Vicario de Jesucristo, con harto duelo, le admitió la renuncia.

De esta manera volvió el Santo al seno de su Instituto, retirándose á su casa conventual de Pagani en los últimos días de Julio de 1775.

Al pasar por Nola dió vista á un ciego, y como todos sus diocesanos de Santa Águeda querían quedarse con alguna reliquia de su prelado, materialmente le costó trabajo el llegar vestido al Colegio de su Congregación, porque le cortaban pedazos hasta de la ropa que llevaba puesta.

Los milagros del Santo iban multiplicándose en proporción asombrosa, conforme se acercaba el día de su feliz tránsito al seno de Dios.

8.- ALFONSO ANCIANO, ENFERMO Y ATRIBULADO

Al cabo de trece años, dejó Alfonso el gobierno de su diócesis, como un inválido las filas del ejército; mas no depuso las armas, pues la vida del hombre es perpetua milicia sobre la tierra, sino que siguió riñendo las batallas del Señor con las fuerzas que Dios le concedía, y en el campo que le deparaba.

Aun le restaban doce años de extrema senectud, de enfermedades, de debilidad, de ruina, durante los cuales tenía que pasar trabajos inauditos, los mayores de su vida.

Para alcanzar la corona inmarcesible que Dios le reservaba, debía padecer cada día más, y quiso Alfonso vivir, porque quiso padecer y santificarse en la paciencia y resignación.

Ha sido hasta aquí modelo para determinadas clases á que todos pertenecemos; mas ahora lo vamos á contemplar como espejo de afligidos y atribulados, y en él podemos mirarnos todos los desterrados hijos de Eva, pues todos sin excepción cruzamos por un valle de lágrimas.

En el último período de la vida de Alfonso, es decir, de los ochenta á los noventa años, le acosaron á porfía los trabajos y tribulaciones, y lo que es más admirable, estuvo sumergido en profunda desolación por diferentes escrúpulos, quien tantos había disipado en las conciencias con discreta y sólida doctrina; fué mal

visto por el Vicario de Jesucristo, calumniado acerbamente, depuesto de su cargo de Superior general y separado de la Congregación que él mismo había fundado, disponiéndolo todo el Señor para provecho espiritual de su Siervo escogido, á quien tan alto asiento destinaba en el reino celestial.

Desde su llegada á Pagani estableció, como en todas partes, un método de vida á que procuraba ajustarse con el mayor rigor. Oraba y meditaba mucho, sin que le arredrasen sus dolencias, asistía á todos los actos de la comunidad, como el más observante de sus misioneros, y practicaba además particularmente los devotos ejercicios que se había impuesto.

Escribía sin descanso; y para trabajar, tenía que ponerse en la cabeza un lienzo mojado, á fin de evitar los vahídos que con frecuencia le acometían. Y sólo así podía despachar la numerosa correspondencia que seguía por necesidad, concluir las obras que tenía empezadas, ó escribir de nuevo las que le sugerían su caridad y celo por el bien de las almas. Ni aun en aquel tiempo dejó de cumplir su voto de predicar los sábados en loor de la Virgen, y al ir á hacerlo recién llegado a Pagani no pudo subir al púlpito sino en brazos ajenos. El llanto en que prorrumpieron los fieles no le permitió principia la plática. Predicó, no obstante, con entera y robusta voz, inspirado del divino Espíritu y sostenido por la Virgen misma, en cuyo amor hacía aquel esfuerzo. Cuando no podía predicar, dirigía la predicación de los demás y daba frecuentes conferencias espirituales para preparar el púlpito, no sólo á los suyos, sino á los sacerdotes, seculares.

Hallándose en aquella avanzadísima edad, destituído ya de fuerzas corporales y sin otro sostén que el de la divina gracia, se recrudecieron las antiguas persecuciones contra la Congregación. Pensando racionalmente, parecía imposible que ni ella, ni mucho menos su Fundador dejasen de sucumbir; pero Dios los sostenía, y nunca faltaron al Santo la conformidad con la voluntad del Altísimo y la confianza en su protección. He aquí lo que escribía al padre que estaba entonces encargado de los asuntos de la Congregación en Nápoles: «Esta mañana he recibido *excelentes* noticias: digo excelentes, porque nos precisan á hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios, el cual es más poderoso que Tanucci y que todos los demás contrarios nuestros.»

A pechos que ciñen semejante coraza, no hay miedo de que ningún dardo les alcance. La persecución arreciaba, es cierto; pero el Santo no dejaba de trabajar, ni de hacer que trabajasen sus misioneros. -«Las almas convertidas con nuestras misiones, decía, han de defender nuestra causa.» Y en efecto, en aquel tiempo por los años de 1777 a 1778- se dieron con muy copioso fruto por los Colegios de la Congregación, tan combatida en el reino de Nápoles, 35 misiones, se dirigieron los ejercicios espirituales de ocho cabildos, siete seminarios y 19 monasterios de religiosas, sin contar infinidad de triduos, novenas y funciones particulares en que predicaban los Padres del Instituto.

Con intrigas y astucias verdaderamente infernales, cuya explicación sería demasiado prolija para este resumen, alteróse en Nápoles la regla de la Congregación sin conocimiento del Santo, por un abuso de la confianza que éste había depositado en personas que hasta la sazón la merecían. Esas personas creían de buena fé, sin duda, conseguir de este modo que el Instituto tuviese en aquel reino la existencia legal de que tanto había menester.

Pero los enemigos de Alfonso, tomando pretexto de la alteración que ellos mismos secretamente habían patrocinado, y que, lo repetimos, Alfonso no conocía, con diabólica astucia infundieron en Roma sospechas contra los colegios de la Congregación en el reino napolitano y lograron que fuese allí suprimida y separado nuestro Santo de su propio Instituto.

Por su mucha edad y sus dolencias estaba privado hasta del inefable consuelo de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa; pero todos los días recibía la Sagrada Comunión. Un día, al amanecer, cuando se preparaba para ella, entró en su celda el Padre Villani á darle la fatal noticia, por haber creído aquella hora la más oportuna.

Alfonso, al oirle, quedó mudo y como herido de muerte; pero rehaciéndose al punto, exclamó con edificante y conmovedora resignación: -«Yo solamente quiero lo que Dios quiere. Basta que no me falte la divina gracia. El Papa lo quiere así: ¡Que Dios sea bendito!» No dijo ni una palabra más: siguió sus ejercicios con toda tranquilidad, asistió a la Misa que se celebraba en su oratorio y comulgó tan devotamente como de costumbre.

Pero a la tarde, enfurecido el demonio con aquella sublime victoria del pobre y débil anciano sobre sí mismo, se desencadenó contra él, acosándole con la inmensa batería de infernales tentaciones. Había salido á paseo en carruaje, como se lo tenían prescrito, y hallándose en el campo, sintióse de repente acometido de mil maneras por los espíritus malignos. Alfonso no sabía que hacer para desechar las sugestiones del enemigo. Mandó al cochero volver á casa, y al llegar á la portería prorrumpió en copioso llanto, gritando a los Padres que habían salido a recibirle: «Ayudadme por Dios, hermanos míos; porque el demonio me quiere ver desesperado. Ayudadme, porque no quiero ofender á Dios.»

Excusado es decir cómo los compañeros del Santo le confortaron, y entre qué socorros espirituales y expansiones de caridad pasaría aquellas amarguísimas horas. Asegurado más y más por su confesor de que todo era obra del demonio, y puesto su espíritu en el regazo de la Santísima Virgen, volvióse hacia su imagen muy tranquilo y alegre diciendo: «Gracias os doy, Madre mía, porque me habéis ayudado; hacedlo así siempre, Madre mía. ¡Jesús, esperanza mía, *non confundar in aeternun*!»

A la noche estaba ya completamente sereno y animoso, y decía á los Padres que entraban á verle: «La Virgen ha venido en mi socorro, y por la gracia de Dios, no he cometido ningún acto de desconfianza.»

La lucha del Santo con el enemigo tentador fué verdaderamente heroica; pero encantaba á todos la profunda humildad con que se creía hasta fuera de la Congregación, y queriendo á todo trance morir en ella, escribió al Padre de Paula, Superior General del Instituto en los Estados Pontificios, declarándose súbdito suyo, y solicitando su permiso para trasladarse á dichos Estados, toda vez que en Nápoles se había suprimido el Instituto. El Padre de Paula le contestó que continuase en Pagani y que estuviese seguro de pertenecer siempre á la Congregación.

Sin embargo, el Santo siguió de amargura en amargura, cumpliéndose la profecía que repetidamente hacía de que las cosas de la Congregación en el reino de Nápoles no se habían de arreglar hasta después de su muerte. Personas del mayor respeto llegaron á mirarle casi como cismático, y se retraían de él, pobre víctima propiciatoria, que á semejanza del Divino Redentor, y abrazado á la cruz, podía alzar la voz en su última hora, y exclamar: «¡Dios, Dios mío, por qué me has desamparado!»

Después de golpes tan fuertes y redoblados, quedó como un cadáver, á quien colocaban los hermanos, ora en el lecho, ora en el sillón, sin lograr descanso en ninguna parte; apenas comía, ni se movía por sí solo, y sin embargo de esta gran debilidad y de aquellas horribles tribulaciones, acrecentadas por las tentaciones más espantosas que había tenido en toda su larga vida, aquel anciano, próximo ya á los noventa años, lo sufrió todo alegremente, porque Dios se lo mandaba, y se esforzaba en predicar, desde donde podía, todos los sábados y en las novenas de la Virgen, para obtener su patrocinio.

Y aun de este consuelo, que era de los postreros que le quedaban, se vio privado, por haberle prohibido predicar tanto el médico como el confesor. Iban cayendo de aquel árbol una por una las hojas de sus facultades y sentidos; íbase extinguiendo la savia de sus regalos espirituales; pero Dios le conservaba el consuelo principal, el gozo de padecer, haciendo en ello la voluntad de Dios. No podía decir Misa, no podía predicar, llegó á no poder rezar las horas canónicas; pero podía amar, y amaba á Dios, y le amaba tanto más, cuanto mayores trabajos le mandaba. Era un alma que Dios quería purificar en el crisol de todos los dolores, para recibirla inmediatamente en el cielo, desde el mismo instante en que abandonara el mundo.

9.- ÚLTIMOS AÑOS Y PRECIOSA MUERTE DE ALFONSO

Pasaba Alfonso de los ochenta y ocho años. Baldado, sordo y sumamente débil de la vista, sacábanle sus hijos á tomar el sol y respirar el aire libre en la portería del convento, y allí, deseosas de verle, de oirle hablar y de recibir su bendición, acudían las gentes del pueblo, que tanto le querían y veneraban. Los niños, sobre todo, le rodeaban cariñosos y le besaban la mano con filial respeto; y no

parece sino que procuraban aliviar sus penas, y darle consuelos con su inocente sonrisa y gracias infantiles. Hermoso espectáculo que el Santo con profunda humildad describía en estos términos: «Se me figura ver una bandada de inocentes pajaritos que revolotean alrededor de un bicho.»

Hacíase conducir también a la iglesia, donde se quedaba horas enteras oyendo misas y consumiéndose en derretimiento de divino amor. Pero tuvo que renunciar el goce de orar en el templo y la subidísima dulcedumbre que de allí sacaba, porque tan frecuentes iban siendo sus éxtasis, que los fieles, con el afán de verle en aquel estado, se atropellaban y cometían mil irreverencias.

De día en día aumentaban sus privaciones: por humildad, por ocultar á su mano izquierda los milagros que hacía su mano derecha, se abstenía á veces hasta de bendecir a los enfermos, y por obediencia, no rezaba un Ave María más de lo acostumbrado, sin permiso de sus superiores, que se vieron en la precisión de regularle rezos y obras piadosas. Una de sus devociones cotidianas era de muy antiguo el *Vía crucis*; pero el pobre anciano ya no podía moverse de estación en estación, y se contentaba con andarlas mentalmente delante del Crucifijo de su oratorio. Conforme se iba acercando el día de su muerte, crecía su amor á la Santísima Virgen, de tal manera, que cuando tocaban al *Angelus* se quedaba contemplando el misterio de la Encarnación, y no volvía en sí hasta que se le llamaba al mundo exterior en una ú otra forma.

Tenemos un precioso documento que nos indica algo de lo que era entonces su vida interior. Es una nota que redactó, sin duda, para ayudar á su memoria, tan debilitada en aquella época. Según estos apuntes, practicaba al día: diez actos de amor de Dios, diez de confianza, diez de dolor de sus pecados, diez de conformidad con la voluntad divina, diez de amor á Jesucristo, diez de confianza en María Santísima, diez de resignación en padecer, diez de ponerse en manos de Dios, diez de entregarse completamente a Jesucristo, diez igualmente á María Santísima, y por último, diez veces una oración para alcanzar la gracia de hacer en todo la voluntad divina.

Era su mayor recreo tratar de misiones, dirigirlas en cuanto podía, y oir hablar del fruto que se sacaba de ellas convirtiendo a los pecadores. Gozaba entonces tan visiblemente que hasta se reponía de sus males, y por el contrario nada le daba tanta pesadumbre como los que afligían á la Iglesia por la obstinación del Gobierno napolitano.

El Santo, según indicamos, había predicho que los negocios de la Congregación no se arreglarían en las Dos Sicilias hasta que él muriese; pero aquí añadiremos que aún vivía Alfonso cuando llegó Pío VI á conocer, en parte al menos, su inocencia; pues, al fin, tanto a él como a sus Misioneros residentes en aquel reino, les concedió las indulgencias y gracias espirituales de que gozaban los Sacerdotes de la Congregación del Santísimo Redentor en los Estados pontificios. Consuelo extraordinario recibió el Santo con

esta gracia, que le auguraba la completa restauración del Instituto suprimido en Nápoles, y ya pudo exclamar como Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*.

Y el Señor le oyó. Desde el día 18 de julio de 1786 á sus enfermedades crónicas se agregaron la fiebre cada vez más intensa, la disentería y una dolorosa retención de orina, síntomas todos de próxima disolución corporal. Y sin embargo, no llegó tan pronto como era de temer. Todavía, en aquel terrible estado en que apenas podía moverse, ni menos manejarse por sí propio, lleno de dolores, vivió más de un año, como un mártir que se goza en los tormentos.

Hay motivos para creer que le fué revelado el día de su muerte; desde aquel momento se desvanecieron todos sus escrúpulos y aflicciones de espíritu; su semblante apareció risueño, su buen humor se revelaba en los chistes que con edificante espontaneidad se le escapaban muchas veces. Tanta paz, tanta dulzura en medio de tantos padecimientos eran el asombro de cuantas personas le asistían, virtuosas y hechas al espectáculo de la virtud, y que sin embargo salían de la celda de Alfonso como si nunca se hubiesen imaginado virtud tan grande.

Celebrábase Misa en su cuarto, y se le daba la Comunión siempre que era posible, pero á veces llegaba á perder la cabeza. Sus delirios parecían jaculatorias dirigidas á Jesús y su Santísima Madre. Cuando, vencido el último, recobró el conocimiento, que por cierto conservó hasta la muerte, recibió el Viático y la Extremaunción, y con un Santo Cristo en la mano y una imagen de María Santísima al pecho, permaneció largas horas en la agonía, bendiciendo a los circunstantes, á la Comunidad y á la Congregación. El médico mismo que le había asistido se le puso de rodillas y le pidió la bendición.

Le rogaron entonces que se acordase de su antigua diócesis y de las monjas de Santa Águeda y la Scala, y el Santo las bendijo también añadiendo: «Bendigo al rey, á todos los generales, á los ministros y á todos los jueces que administran justicia.» Esta última y espontánea bendición edificó a todos los presentes, que no tenían más que volver atrás la vista y recordar las persecuciones de que el Santo había sido y estaba siendo víctima, para apreciar aquel acto de caridad en todo su valor.

Los dos ó tres días que precedieron á su muerte parecía que en la casa de Pagani se celebraba algún jubileo; pues era un continuo entrar y salir gentes que, de cerca y de lejos, iban á informarse del estado del moribundo y á orar por él, para que el Señor le diese la salud ó le concediese una muerte tan santa como lo había sido su vida. Todos llevaban rosarios, escapulatorios ó medallas para que el Santo los bendijera, ó para tocarlos á su cuerpo y llevárselos como reliquias. El Canónigo Villani, que hacía tres años que estaba cojo y con muletas, pudo aplicarse al muslo un escapulario que había llevado Alfonso, y de repente quedó sano. Un Padre capuchino se

acercó al lecho del moribundo y tomando su mano casi yerta, se la puso en un oído que tenía enfermo y también se curó en el acto.

El Santo había pedido en sus libros á la Virgen que viniese á visitarle en su última hora, y todo induce á creer fundadísimamente que la Reina de los cielos descendió para asistirle y llevárselo en sus maternales brazos. Pudo vislumbrarse la sublime aparición en el divino resplandor que despedía entonces la Dolorosa que tenía el Santo en su aposento, resplandor que se reflejaba contra el orden natural en el rostro agonizante. Pero además lo estaba diciendo la celestial sonrisa de sus labios, que en inefable transporte, murmuraban el nombre de nuestra Santísima Madre la Virgen María.

Así espiró aquel bienaventurado: espiró al sonar la campana para el *Angelus* del medio día; espiró el 1.º de Agosto de 1787, en el momento mismo en que principiaba la fiesta de la Porciúncula: no hay duda, espiró en el regazo de María, ceñido de milagros y de favores de María.

Aquel varón justo que tanto había trabajado por la gloria de Dios y salvación de las almas, perseguido por todo linaje de trabajos y persecuciones, por grandes y pequeños, modelo de personas que viven en el siglo y fuera del siglo, rico por su cuna y pobre por vocación, abogado, escritor, predicador, misionero, obispo, nuevo Job recostado en un lecho de dolores, Fundador y Superior de una Orden para morir luego subordinado y bajo la obediencia de los mismos á quienes había enseñado y dirigido, confesor de la fe y mártir de corazón por sus padecimientos, murió en el ósculo del Señor, que por tantas y tan diversas maneras lo había probado.

Y desde el punto en que muere, aclamado, va como Santo mucho antes de morir, al espirar y después de su muerte, consigue en el cielo lo que no pudo obtener en la tierra por inescrutables juicios de Dios; consigue el *pase regio* para su Congregación en el reino de Nápoles, consigue que el Papa proclame la santidad, la virtud, la constante obediencia de Alfonso a la Sede Apostólica, lo mismo en sus últimos tiempos que en los anteriores, y haga esa proclamación solemne en un Breve Pontificio el mismo Pío VI, que había suprimido el Instituto en aquella monarquía.

¡Oh admirables juicios de la Divina Sabiduría! Por todas partes, de los labios mismos de sus antiguos adversarios, brotan himnos y loores en honor del Santo, y entre las aclamaciones que se levantan de la tierra y los milagros que llueven del cielo, parece que hay una especie de universal porfía en acelerar los tiempos en que Alfonso María de Ligorio sea venerado en los altares y en que su doctrina, tan combatida al ser presentada al público, sea aprobada por la Sede Apostólica, la cual antes, mucho antes de celebrarse el centenario de su gloriosa muerte, lo coloca solemnemente, en 26 de Mayo de 1839, en el catálogo de los Santos, y en 7 de Julio de 1871 lo eleva á la categoría de Doctor de la Iglesia.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria al ínclito varón tan próximo á nosotros que ha conocido á los reyes, á los hombres á quienes alguno de

nosotros pudo haber conocido, y que, sin embargo, ha alcanzado en nuestros días el supremo título que en el orden sobrenatural reconoce la Iglesia! ¡Gloria al Santo que nos traza en su vida y en sus escritos el camino seguro del cielo; la constante ocupación en obras buenas y la devoción á Jesús Sacramentado y á la Madre de Dios y Madre Nuestra!